

CONSIDERACIONES COMERCIALES

SOBRE

SPAÑA

Y MARRUECOS

POR

Emilio Zurano Muñoz

ABOGADO

Vicepresidente 1.º del Círculo de la Unión Mercantil é Industrial
Vocal de la Cámara de Comercio de Madrid
y Director Gerente de la Casa «Matias López».



MADRID

IMPRENTA DUCAZCAL

Plaza de Isabel II, núm. 6.

1911

48,08/E

CONSIDERACIONES COMERCIALES

SOBRE

ESPAÑA Y MARRUECOS

CONSIDERACIONES COMERCIALES

SOBRE

R- 9111 A

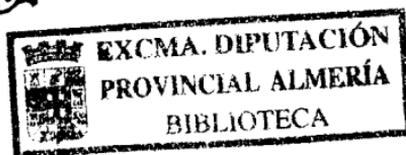
ESPAÑA Y MARRUECOS

POR

Emilio Zurano Muñoz

ABOGADO

Vicepresidente 1.º del Círculo de la Unión Mercantil é Industrial,
Vocal de la Cámara de Comercio de Madrid
y Director Gerente de la Casa «Matías López».



MADRID

IMPRENTA DUCAZCAL

Plaza de Isabel II, núm. 6.

1910

DEDICADO

A nuestra querida España y al Sr. Galdo.

Dos grandes amores apasionan mi alma: mi Patria y el recuerdo de gratitud á mi inolvidable protector D. Manuel María José de Galdo, que me enseñó á querer este suelo bendito, por el que hizo grandes esfuerzos y sacrificios por la educación y cultura de sus hijos, medio supremo de su verdadero engrandecimiento, iluminando la inteligencia nacional, tuente venerable donde todo bien tiene su asiento.

Nadie le superó en esta santa labor, y no es mucho que al trazar estas líneas, ansioso de producir bien á mi Patria, que con tanto amor adoró mi protector, abrazado á ellos se las dedique

Emilio Zurano.

PROLOGO

Lector: este trabajo que te ofrezco se compone de sencillas consideraciones de orden comercial que la posición geográfica de España en el planeta permitiría hacer á cualquiera que fijase en el mapa un poco su atención. Y fijándola, siquier fuese por modo ligero, espontáneamente vería la forma imprescindible y necesaria de cómo habrá de surgir un grande é inmenso centro de transacciones y paso de mercaderías al uno y otro lado del Estrecho de Gibraltar.

Europa agotada, mejor dicho, repleta de población que no puede contener, necesita expansión para alimentar al número excesivo de sus habitantes. África, por el contrario, se

halla, en la inmensa mayoría de su vasta extensión, ocupada por pueblos salvajes, bárbaros y semibárbaros, y con muchos territorios inhabitados y desconocidos para la civilización. Siendo, pues, España la parte que sirve de enlace á los dos Continentes, de aquí nace, con la fuerza que imprime la misma realidad, un derecho al que tenemos que hacer honor todos los ciudadanos españoles. Pero, entiéndase bien, no un derecho renunciabile que podamos abandonar cuando bien nos parezca, sino un derecho de herencia legítima que las futuras generaciones pueden y deben reclamar de nuestra previsión, á la que estamos obligados. La razón de lo que asentamos está escrita sobre la superficie terrestre con trazos de mares y continentes. Lejos de nuestro ánimo toda cuestión política é internacional, adviértase que si incidentalmente la tocamos será porque la vida actual de la Humanidad es un problema universal de Comercio, y porque la paz y la perturbación de los Imperios los calma ó agita la necesidad de sostener esa activi-

dad fabril y comercial, rayana en el delirio, que constituyen las modalidades de su ser.

La facilidad de los medios de comunicación y de transporte para ambos Continentes las reúne, como ningún otro punto, el Estrecho de Gibraltar, y por allí, necesariamente, pasará la civilización europea al África, y como á la prosperidad y grandeza del Comercio acompañan siempre la prosperidad y grandeza de las Ciencias y las Artes, que ya entran en el torrente general de la vida como mercancías, ya como creadoras de nuevas orientaciones que lo engrandecen y lo ensanchan, es evidente que en ambos litorales habrán de asentarse, como puntos de paso, lugares mercantiles y centros de cultura que debemos suponer de extraordinaria importancia para todas las formas de la actividad humana. A estas sencillas consideraciones ha de limitarse este trabajo.

Y aunque bien se deja entender que ni la autoridad ni el talento son los protectores de este modesto esfuerzo mío, esto no excluye que

vengan á realizar la generosa idea aquellos que para tan altas cuestiones están autorizados. Siémbrese la semilla, que ella, sea cualquiera la mano que al surco la arroje, dará su fruto.

Reconozco, lector, que una firma de nota te abriría de par en par las puertas del deseo, llevando confianza á tu voluntad para que lo que se te ofrece en este libro lo leyese del cabo al fin, pero es preferible presentártelo con su humilde ropilla y que tú lo estimes ó deseches con arreglo á tu propio criterio; que si tienes por verdad lo que en él se expone, ella le dará la autoridad y fuerza que le falta á su autor,

EMILIO ZURANO.



CAPÍTULO PRIMERO

Estudios de carácter comercial de nuestras posesiones y derechos en el litoral marroquí.

Convengamos, lector amigo, en que la vida del hombre en su paso por el planeta Tierra es tan breve que apenas si le queda suficiente espacio de tiempo para plantear y desarrollar, dentro de éste, todas las legítimas aspiraciones que ennoblecen su corazón y su pensamiento. Fuera de la mezquina actualidad que sin cesar le solicita, en vano pretenderá muchas veces aplicar las atrevidas concepciones de su inteligencia á la realización de las grandes empresas.

Brillará en su frente la luz de dilatados horizontes, de mejoras indiscutibles, de rectificaciones que, una vez hechas, cambiarían la faz de la existencia humana. Pero cuando comience á poner en ejecución los nobles ideales que germi-

naron en su alma, harto será que disponga del tiempo preciso para iniciarlos. La muerte vendrá á colocarse entre la infinita pesadumbre del pasado y el luminar infinito del futuro. Otro ú otros hombres tendrán que proseguir la inacabable tarea.

Así, pues, ¿cómo no pensar en el mañana, si queremos que nuestros hijos, nuestra Patria y la Humanidad entera logren en lo por venir cuantas facilidades quisimos para nosotros mismos, sin poder alcanzarlas por falta material de tiempo?

Las luchas y los grandes problemas del mundo actual son cuestiones de comercio y de trabajo. Estas luchas y *estos problemas* se ofrecerán envueltos con carácter político ó social, pero, despojados de su envolvente, quedarán siempre reducidos á un asunto de cambio mercantil ó de interés económico.

En tal sentido hay que estudiar el problema político internacional relacionado con la futura y presente dominación española en las costas marroquies, procurando demostrar hasta qué punto interesa y está obligada España, por su posición geográfica, á ser la encargada de servir y

proteger el paso de la civilización al Continente Africano, para lo cual su derecho es indiscutible.

Africa guarda en su seno inmensos territorios inexplorados y sin explotar, grandes cordilleras y caudalosos ríos desconocidos para la civilización; inmensas llanuras y grandes lagos, de los que apenas se tienen obscurísimas ideas; vegetación ignorada, cuyas vírgenes cualidades pueden ser tesoros para la Ciencia y la Industria. Una fauna apenas catalogada para el comercio de la inteligencia humana, razas y pueblos sumergidos en las tinieblas para el mundo civilizado, materias minerales sepultadas para la industria universal, nos dan una idea de todo ese Continente tan mal determinada, que las grandes necesidades de la civilización reclaman el estudio exacto de sus condiciones naturales para conocerlas y utilizarlas con acierto.

El Africa tiene sus costas y límites por el Este, que se unen con el Asia Occidental por el istmo de Suez, y separada de la Arabia por el Mar Rojo; el Cabo de Guardafuí en la península de los Somalis es la avanzada más oriental, que la separa de la India Occidental no más que unos 16° de longitud; desde el Cabo de Guardafuí

al de Buena Esperanza hay una inmensa costa poco accidentada en golfos y mares interiores que la civilización tendrá por necesidad que construir, para nutrir la comercialmente, una red de medios de comunicación con el interior del Continente; la parte Sud, que ya ha entrado en el torrente de la vida actual, es una fuente de toda clase de riquezas, progresiva en proporciones consoladoras, que viene á *confirmar* estas *afirmaciones*; las costas occidentales del mismo reclamarán, por las naturales exigencias del comercio, vías de comunicación y de transporte, lo que podrá motivar viajes rapidísimos desde las costas orientales de la América del Sud, atravesando el Africa, á todas las costas meridionales y territorios del Asia; el Estrecho de Gibraltar y el de Bering pueden ser las dos cabezas de las líneas férreas más vastas del planeta; que siendo (hasta hoy) más rápidos los viajes por tierra que por mar, coincidirán las grandes líneas costeras y centrales con el Estrecho de Gibraltar, y lo mismo desde todos los puntos extremos del Continente para tener allí su entrada natural y lógica á Europa, hasta poner en el torrente universal del comercio del mundo el de esos vastos territorios.

La colocación de España en el planeta nos permite pensar que sólo por sus costas litorales del Estrecho habrá de realizarse imprescindible y necesariamente esa presunta actividad comercial, por ser entre aquéllas y las del Norte africano la distancia más corta y la de más fácil acceso; esto presupone lógicamente brevedad, baratura y comodidades, factores económicos que entran siempre en todo cálculo mercantil, cuyo solo aspecto es el único fin de este trabajo. España será, por tanto, el paso obligado de las transacciones comerciales entre los Continentes Europeo y Africano, y las líneas españolas las llamadas á servir, como enormes arterias, para la conducción de la gran actividad mercantil de Europa, que á un tiempo mismo sabrá enriquecer y enriquecerse, cultivando los inmensos territorios africanos.

Esto no es una profecía, es una verdad tan positiva, que debemos considerar los españoles como tangible y real. Es algo que está visible como el fruto del árbol, que siempre cultivado sabrá remunerar con creces el esfuerzo que se le dedique.

¿Qué lenguaje debe emplearse para llevar la convicción al país que ha de prestar sus esfuer-

zos para cumplir ese deber que la Historia y la Naturaleza misma le imponen? Debe ser el de la sinceridad, el de la honradez, formando la opinión, que se decide siempre por lo justo, cuando las obligaciones nacionales se cubren y satisfacen con igualdad y con justicia. La idea que nosotros señalamos nos la impone el *deber humano*, y ningún español debe rechazar la parte que le corresponda en el sagrado empeño. Esquivarle, aparte del papel vergonzoso que haríamos en el mundo, sería tanto como renunciar al derecho de pueblo libre, que con nuestra negativa entraríamos á representar, para caer en el dominio de otro que nos llevaría amarrados como esclavos á que cumpliéramos como tales los deberes que como hombres libres no quisimos cumplir.

No debe, ni quiere, ni puede España pensar en tal forma de suicidio; este honrado país podrá sufrir los espasmos y anormalidades que la Historia impone, pero jamás dejó ni dejará de hacer honor á las obligaciones que las circunstancias le impongan.

No será esta ciertamente la ocasión en que España retroceda, y á formar opinión y llevar

este convencimiento á la conciencia pública se dirige este trabajo.

Todo bien y progreso que un pueblo cualquiera realiza, mejora y beneficia á todos los hombres por el gran principio de la solidaridad humana: el bien que á España le proporcione el paso de la civilización por sus territorios y por el Estrecho de Gibraltar, será para ella más útil y ventajoso que para los demás, pero también irradiará á toda la familia humana que puebla el planeta.

Las obligaciones futuras de los pueblos son letras aceptadas que las generaciones presentes están obligadas á cumplir como los padres á fortalecer el crédito de que han de vivir sus hijos.

Acaso con lógica irrefutable alguien argumentará que la guerra, como medio de adquirir, es abominable y cara. ¿Qué duda cabe? La guerra irracional es uno de los baldones de la civilización, que teniendo conciencia de la más elevada Etica del Derecho internacional, tolera y sanciona medios tan reprobables en la sociedad humana; pero esto no dice más sino que si es cierto que la mecánica y las ciencias naturales progresan, en cambio no avanzan lo mismo las

del orden moral, y en tanto que el mundo se rija por tan brutales medios y mientras los dictados de la Justicia no tengan más elevada y equitativa sanción, habremos de resignarnos á ser infelices esclavos de la coacción y de la fuerza.

Es cierto que la civilización y el progreso se levantan sobre charcos de sangre, que sólo por tales medios se llegan á imponer á las sociedades semisalvajes. La tarea es dura y penosa, como lo es la de someter las tierras vírgenes de las selvas al cultivo; pero si no arrostrásemos el sacrificio y las penalidades que tales empresas suponen, la vida permanecería en su primitivo estado.

Los bravos guerreros y aventureros españoles sacrificaron tesoros de energías y gastaron vidas sin tasa en la conquista del Nuevo Mundo, y allí, donde se levanta hoy una gran ciudad americana, emporio de riqueza y movimiento fabril y comercial, allí mismo reposan los restos sagrados de sus primeros pobladores y defensores para legarlos á una civilización y á una grandeza que ellos no pudieron ni remotamente soñar, que así son los desenvolvimientos de la Historia.

Si España tuviese la suerte de dominar la parte septentrional de Marruecos, que es la de su zona de protección y Policía, cruzando aquello de ferrocarriles por las exigencias de los negocios mineros é industriales que allí se podrían implantar, seguramente sería aquel territorio el invernadero de toda la Europa y América. En tal caso España vendría á ser lugar obligado de paso de todo ese contingente al mundo africano; surgirían, imprescindiblemente, las empresas ferroviarias que enlazasen á Marruecos con la Argelia y el núcleo central de los ferrocarriles africanos que uniesen todos los extremos del Africa con Europa. Necesariamente que esas empresas tenían que estar colocadas en esa zona y en las costas oceánicas de Tánger, como territorio de enlace; sería también centro de los grandes negocios entre los Continentes de Europa, de Africa y América, y tanto las costas septentrionales de Marruecos, como las meridionales de España, centros á su vez del mayor movimiento de civilización y de comercio del Viejo y del Nuevo Mundo.

¿Se comprende ahora la importancia del problema planteado por Europa con relación á Es-

paña? No es un problema cualquiera, es un problema de vida ó muerte; la civilización europea empuja hacia el Africa y su entrada natural es por el Estrecho. ¿Lo dejamos coger á otro pueblo? Pues España quedará arrinconada y expuesta á que peligre su integridad y su independencia.

Hay más: los ferrocarriles españoles, en su mayor recorrido, no serán españoles, sino mundiales, puesto que á tanto llegará su importancia. Así sucede hoy con los del centro de Europa; y así nuestras poblaciones andaluzas, tesoros de recuerdos históricos, serán núcleos universales del turismo, y nuestra Sierra Nevada los Alpes meridionales, con todo el cortejo de hoteles y de recursos que la civilización lleva como obligada consecuencia, pues para todas las temperaturas tiene zonas apropiadas aquella inapreciable región. ¿Que no lo veremos? ¿Acaso vieron nuestros abuelos los bienes que hoy disfrutamos y que conquistaron para nosotros?

Si España no lo entiende así y no hace un esfuerzo sobrehumano para conseguir, cuando las circunstancias la llamen, el dominio de la zona septentrional de Marruecos, no estará muy leja-

no el día en que lo tenga que hacer muchas veces mayor y acaso de resultados menos ventajosos.

Es posible que se nos argumente que la sangre que cuesta y el dinero son de tal magnitud, que espantan; pues así y todo, si se hace, por caro que resulte, será barato: toda operación quirúrgica es motivo de dolores y peligros, pero cuando la necesidad se impone, hay que llegar á ella con todas sus consecuencias, ya que no de otra manera se salva el enfermo en casos como el que estamos exponiendo.

El que estas líneas escribe es amante, como el que más, de gastar todo el dinero posible en escuelas y en máquinas agrícolas, pero no deja de reconocer que la Historia de los pueblos tiene sus exigencias que no se pueden desatender.

Cuando mañana, esos mismos terrenos tan ingratos y abruptos, los haya transformado el progreso y la civilización en vegas y jardines, y cuando espléndidos hoteles pueblen toda la costa y todos los elementos del bienestar y del más exquisito refinamiento sustituyan á las actuales barbaries de los moros, y cuando á la rapiña y al pillaje suceda la más perfecta seguridad personal, sobre esos mismos terrenos, conseguidos

por el dolor y las amarguras de ruda conquista, la enorme masa de seres humanos que los pueblen sobre la más amplia libertad, en los mismos zocos donde hoy el hombre, reducido ahora á brutal esclavitud y tenido en el Comercio como cosa, pueda erguirse, libre y soberano dueño de sus derechos naturales, será más vigoroso y más fuerte que hoy lo sea el inestable Emperador de Marruecos; que tantas son las energías que presta la sociedad al derecho individual.

Es inmensamente doloroso que la Humanidad tenga que pasar por tales torturas quirúrgicas para llegar á conseguir el estado normal del Derecho; pero si pensáramos en la inmensa cantidad de sangre y de luchas que representa la garantía y libertad que cada uno de nosotros disfruta, seguramente, estimándolas en todo su valor, nos asustaría su precio; gozamos, en el estado actual de la civilización en que vivimos, con todas sus imperfecciones, de una cantidad de bienes de que no somos capaces de darnos cuenta.

No es el problema de Marruecos un asunto baladí, es un asunto de tal magnitud, que probablemente se habrá puesto sobre el tablero la independencia y la integridad de España, y aca-

so un poderío no soñado. Por eso precisamente, tanto Francia como Alemania y algún otro pueblo empujan tan fuertemente sobre el particular, y por eso no sería improbable que, acaso por el egoísmo de los grandes, se haga justicia á la débil España.

¡Españoles, entendedlo bien! El asunto de Marruecos es de vida ó muerte para España; quiera el cielo que así lo entiendan todos, y que sobre egoísmos mezquinos y locales prevalezca el interés general de nuestra querida Patria, que es el interés de todos.



CAPÍTULO II

Demostración histórica.

Los grandes lugares para el paso de la Humanidad de uno á otro continente, los estrechos y las grandes cuencas de caudalosos ríos fueron los centros más esplendorosos de la civilización y los emporios del Comercio y de la Industria; así lo demuestra la Historia.

La grandeza de la India, allá en remotas épocas, debida fué á la invasión del Oriente hasta posarse en las inmensas riberas del Ganges y del Indo. Sabiduría y conocimientos perdidos, al correr de los siglos, alcanzó aquella civilización, cuyos recuerdos y monumentos acusan un desarrollo asombroso. Ciencias, Artes, Comercio y Religión manifiestan una tan honda filosofía, que por entre la urdimbre de la fábula deja ver la preexistencia de un gran progreso, que su

idioma enriquece la radical de todos los idiomas europeos.

Al continuar su camino de invasión hacia Occidente, los pueblos orientales se extienden grandes y poderosos sobre los territorios bañados por el Eufrates y el Tigris, creando poblaciones tan extraordinarias como Ninive y Babilonia. En Africa, el lecho del Nilo da calor y vida á una civilización contemporánea á la anterior, cuyos monumentos nos producen asombro. Su grandeza y su cultura pueden considerarse como las precursoras de la Griega y la Romana. Las costas orientales del Mediterráneo que forman el litoral asiático y africano reciben la gran oleada de civilización y cultura de aquellos grandes pueblos: el Fenicio, que muchos siglos antes de Jesucristo, hace florecer el comercio en tal forma que irradia su actividad á costas muy remotas de toda la Europa y del Africa, estableciendo colonias que por los impulsos recibidos entonces, aun hoy mismo, continúan siendo grandes centros fabriles y comerciales. Digamos, sin temor á extremar la hipérbole, que hasta el día ningún otro pueblo ha superado, y que sus industrias y actividad comercial las llevaron á

términos inverosímiles que correspondían con la grandeza extraordinaria de la civilización Persa y Egipcia.

Grecia recoge condensadas aquellas ideas tan florecientes en la marcha invasora del Oriente hacia Occidente, y las Ciencias, las Artes y cuanto significa altísimas manifestaciones del pensamiento, se robustecen y desarrollan en forma tan sentida y poética, que serán siempre el eterno y purísimo modelo del mundo. Sí, aquel pueblo, sublime en el Arte y en todos los ramos del saber humano, aparece grande, hermoso y sabio sin comparación.

Más tarde recoge Roma en sus manos aquella civilización, y en brazos de un derecho humano, que será eterno, la eleva á una altura que ningún otro pueblo alcanzara; bien que por errores fundados en el dominio universal y en la inmoralidad de sus costumbres destroza y desgrana su extraordinaria é incoherente magnitud hasta caer en las tenebrosas obscuridades de la Edad Media para cristalizarse en el feudalismo. Veamos luego—ley misteriosa del progreso ó designio providencial—cómo la invasión de los árabes, al asentarse en la península Ibérica, límite

de sus correrías, produce hermosos destellos de cultura importados de Oriente en varias ciudades de nuestra España á modo de retoños de la civilización, entonces vigorosa en Damasco y el Asia Occidental.

Por esta época, la Europa Central queda ensimismada, y parece como si fuera á extinguirse la luz de la inteligencia y á desaparecer toda forma de la actividad humana. Las grandes figuras de los artistas, de poetas, de hombres de ciencia, de oradores, de legisladores, de actividad fabril y comercial del mundo antiguo, en una palabra, todo lo grande en proporciones insuperables, queda envuelto por las tinieblas de una noche que aplana el ánimo del hombre estudioso. Queda, sin embargo, el sentimiento religioso, que guarda en su seno aquellos tesoros de la antigüedad, y, gracias á una fuerte sacudida del mismo, rompe el equilibrio, parecido á una catalepsia (muerte aparente social), lanzándose en informe turbión á las Cruzadas y refrescando con aires más puros las conciencias, é iniciándose una actividad fabril y comercial de Oriente á Occidente que se establece en Venecia. En las Repúblicas italianas se abre una nueva era de

viajes y descubrimientos científicos, y así, á medida que la sociedad va reconociendo la forma del planeta que habita, van resurgiendo nuevos centros de comercio, ya en Cádiz y Lisboa, ya en las costas del mar del Norte europeo, pero siempre obedeciendo á la ley del paso de importación y exportación de productos de los países descubiertos, á manera de grandes aluviones que las necesidades de la vida social reclamaran. Inglaterra y el centro de Europa y América consiguen en la actualidad el emporio del Comercio y de la Industria del mundo, y como alrededor de esa actividad se desenvuelven paralelamente las Ciencias y las Artes, ellas preponderan y se desarrollan de la misma manera y á igual altura.

A estos fenómenos de grandeza no les hallamos más lógica explicación que el *haber sido puntos de paso de la Humanidad de uno á otro continente*, establecidos en centros de reposo donde florecieran.

Los pueblos, y hasta las razas, han de pensar no sólo en su presente, sino en la previsión del futuro, porque esa es la forma de satisfacer la altísima misión y destino que por la Humanidad tienen el deber moral de cumplir.

Isabel de Inglaterra previó lo que importaba á su país la preponderancia marítima; pero si la *Invencible* que Felipe II le mandara, para anular su naciente poderío, hubiera podido cumplir la misión con que las voluntades armadoras la lanzaron á los mares, consiguiendo retardar el predominio de la Gran Bretaña, acaso los destinos que la Historia nos reservara fueran otros. No pueden, por tanto, los pueblos encogerse de hombros ante las contingencias de lo futuro sin contraer grandes responsabilidades por aquello que un alto deber moral les obligara á cumplir y no cumplieron.

No olvidemos, pues, que el Estrecho de Gibraltar es el nudo de un emporio comercial futuro, preciso y necesario, que España, por su posición geográfica, más poderosa y más firme que todos los tratados y conferencias del mundo, tiene la alta misión de preparar y garantizar la entrada de la cultura y de la civilización, y, por tanto, del comercio, al Continente Africano. Este interés debemos reconocerlo y hacérselo comprender á España entera, porque toda ella es también la que ha de contribuir con toda clase de energías y sacrificios para conseguirlo, y decirlo á la luz

meridiana, para que sepan, comprendan y juzguen nuestros conciudadanos que aquello es una deuda que pesa sobre nosotros. Desde nuestras costas á las africanas no hay distancia apreciable, y esto pregona la absoluta seguridad de que esta modestísima opinión, sin autoridad alguna, por ser yo quien la expone, tiene y se ampara de la única, firme é invariable autoridad absoluta, cuyo texto no se altera, á saber: *el de la misma realidad*.

Si el prever es soñar, si la previsión no es la garantía de nuestro porvenir, habrá que afirmar que el esfuerzo para lograr un producto que no se recoja en el día no debe cotizarse en el mercado de la vida, y esto sería el mayor de los absurdos.

Hay más: el poderío de la razón expuesta es tan grande, que los moros no comprendieron el dominio de la Mauritania sin la Hispania, y cuando perdieron ésta quedaron aislados y anulados. Y entonces, por entenderlo así, la voz de Cisneros se levantó, señalándonos el camino; el gran Cardenal estadista adivinaba ya que Hispania necesitaba el complemento de la Mauritania. En la misma Conferencia de Algeciras discutieron con más ó menos fuerza los egoísmos, pero quedó

sentado lo que la naturaleza tiene escrito, que pertenecía á España el mejor derecho. Así, pues, si la raza latina quiere ser la que levante la bandera del emporio comercial futuro del mundo, ella, la raza latina, debe apoyarnos con absoluta decisión, porque, aun cuando Francia fuese algún día la dominadora del litoral marroquí, entiéndase que por encima de los dictados de la diplomacia y de las fuerzas nacionales está el imperio de la realidad, que impone la vecindad de la Península, y la realidad romperá, tarde ó temprano, los inconvenientes que pueda ofrecer la ingerencia de cualquier otro Estado. Hablemos claro: por más que Francia se empeñe en alcanzar el dominio de las costas africanas, éste le será rebelde, y tarde ó temprano se desgajará la rama injertada al árbol y tomará savia propia de aquellas razas que con vigor y fuerza se reproducen y multiplican y concluyen por ser las dominadoras por el número y por la fuerza. Dejemos, por tanto, al tiempo la palabra. Que la civilización es fuerza, es innegable; pero como todos los pueblos y razas la absorben y la ennoblecen al mismo tiempo, las leyes naturales, que son invencibles, concluyen por dominar.

Si la Historia nos enseña que todo paso obligado de la Humanidad ha sido un centro comercial y fabril donde el Progreso ha realizado sus más grandes anhelos de preponderancia, no puede caber la menor duda de que el paso imprescindible necesario de Europa al África será por el Estrecho de Gibraltar y de que uno y otro lado de él habrán de ser los puntos de apoyo del comercio más grande que se haya desarrollado en toda la Historia. ¿Por qué? Porque también allí se unirán las vías de comunicación por tierra que tengan los más extensos dominios de unión del planeta entero. Y esto no es predecir; esto es hablar sobre un mapamundi, que es el que nos dará la seguridad absoluta de lo afirmado.

Importa mucho insistir en la idea: es de interés y de altísimo patriotismo hablar así á la Patria, porque si ella es el alma de todo nuestro ser en carácter, cultura, Religión, psicología y tradiciones, ella también nos obliga á la defensa y consolidación de nuestros futuros derechos fundamentales, establecidos por la propia Naturaleza como base de bienes, que serán la herencia de las generaciones que nos sucedan.



CAPÍTULO III

Cómo debemos ir á Marruecos.

El alto concepto del valer de los pueblos en el concierto universal depende del estado de conciencia, ó para mejor expresarnos, de su grado de cultura y educación. La inteligencia se fortalece, elevándose á la categoría de Poder, cuanto más robustos viven en ellos los principios de Equidad y Justicia. La fuerza moral y fuerza material en servicio mutuo realzan la sociedad política, Estado, y en tal concepto, su voto obtiene en la sociedad internacional la consideración y el respeto que siempre merecen la Verdad y el Bien. Tal debe ser la divisa de nuestro dominio en Africa para hacerle sólido y estable; para que á la entrada del mundo en aquel Continente podamos ser la garantía del cumplimiento de los altos principios del Derecho; para que, puestos al servicio de la civilización, gocemos y

hagamos gozar á los demás de tan nobles é inmensas ventajas. Así es como debemos hacer honor al deber nacional y hacer efectivas las obligaciones que las circunstancias nos imponen.

Los ejércitos abren la cisura para la extirpación del tejido morboso, pero el saneamiento y cicatrización de la herida no puede ser otra que la de una higiene moral intachable; que el mundo la vea con tan alto respeto; que en vez de debilitarla, la sociedad universal la preste ayuda y apoyo; que aquellos elementos de sustitución que aportemos para ser implantados donde reinaba la barbarie, sean de tan sana complexión que pueda florecer el bien moral y material donde tuvieron su asiento el fanatismo y el error.

El Ejército, que es la Patria en acción, nos dará el lingote de donde podamos forjar las herramientas de nuestro trabajo y engrandecimiento, que sólo puede venir de la recta aplicación de la vida pública; que permita el imperio de una amplísima tolerancia y de una honrada justicia; que no vayamos á poner un fanatismo enfrente de otro, el favor donde debe imperar la equidad, una ignorancia enfrente de otra, amor propio donde tiene su asiento la ciega ter-

quedad; que si hacemos que resplandezcan aquellos altos principios y ponemos empeño en que aquí y allí se inflame el altar de nuestra educación y cultura social, el éxito será positivamente seguro y los elementos de progreso penetrarán, haciendo que la prosperidad moral y material prevalezcan en tal forma, que los medios civilizados, al amparo de la paz y del derecho, busquen allí su reposo como lugar y asiento del bienestar.

El florecimiento del comercio depende de la fuerza y garantía del derecho. La perturbación le espanta, porque las agitaciones y el malestar social nacen de dos causas negativas, siempre de una manera invariable: de la *incultura* y de la *injusticia*; pero tales son, que las dos van de la mano, ya que la fuerza moral no penetra donde la luz de la cultura no alumbró y afirmó los altos conceptos del Bien.

Grande y poderosa es la obra del Ejército, que sacrifica su vida en holocausto de la Patria; muestras gallardas nos ha dado de su heroísmo, conquista valerosa ha hecho y esperanzas tenemos de que si las circunstancias lo exigen hará honor á su fama y á su jamás desmentida histo-

ria; pero si á pesar de tanta bizarria no nos cuidamos de afirmar su labor (desconsuelo y pena produce sólo el pensarlo), más valiera no hacer tan doloroso esfuerzo. Pero aunque así hablamos, es deber sagrado levantar el ánimo, tener fe, inculcar alientos. La Patria tiene savia nueva, que ansía regenerar sus viejos tejidos y arrojar en forma de corteza la desmedrada albura que entorpece la circulación de su vida de abajo, donde la necesidad hace vibrar por el dolor y el peso del favor las células de un nuevo porvenir, que empujan vigorosas, haciendo inestables aquellas formas políticas que no se amoldan á esas exigencias más equitativas de la nueva vida. En todo cambio político pierde una arista el antiguo modo de ser. El avance siempre es mayor del que suponen los faltos de fe, los pesimistas, los que todo lo ven obscuro, porque quizá les faltan alientos para empujar, ó porque no encajan en la nueva orientación. Y hay que pensar que la labor social es lenta, pero ello es que, aunque no tanto como quisiéramos, se van afirmando las ideas de progreso y libertad, é insensiblemente va dejando de existir lo que por ley de avance debe perecer.

Si robustecemos esos principios, y poco á poco la vida económica y moral del país adquieren firmeza, ya veremos cómo nuestras preocupaciones, nuestras intransigencias, nuestros fanatismos y nuestras intolerancias se van trasnuchando, y á la indolencia sustituirá trabajo y actividad, que desde los negocios se ve mucho mejor que desde una oficina cómo el favor, no el mérito, sirve á quien no supo ni pudo merecerlo. El español es, como nadie, trabajador, pero como nadie soñador y aventurero; es capaz de todo sacrificio, pero se embelesa con la idea del premio gordo; sueña con tesoros y riquezas amontonadas en luengas tierras, pero sumida su gran masa en la más primitiva ignorancia, cae de bruces en el desengaño, allá en el desamparo, y entonces surgen en su alma las ideas inquebrantables de trabajo, constancia y economía, y la fortuna, solícita, vacía el cuerno de la abundancia en quien por legítimo derecho la merece, llenando hasta colmar las trojes de sus deseos, que tales son las recompensas que recoge el que tiene confianza en sí y en su propio esfuerzo confía.

Estas son las doctrinas, las buenas semillas

que habrán de retoñar allende y aquende el Estrecho, si, como es legítima esperanza, hemos de ser el pueblo poseedor de aquellos nacionales derechos que la naturaleza nos legara por nuestra posición geográfica en el planeta.

Anotamos nuestras debilidades, nuestra poca fuerza de la ley y del derecho en la conciencia pública, nuestra ansia de favor más que de justicia, pero no como irremediables, sino como manifestaciones de la existencia de un mal que necesitamos someter al tratamiento más radical de higiene moral. Pensar que eso es incurable, que no puede remediarse, es una cobardía nacional suicida y punible; nada hay imposible, y esto muchísimo menos; energía, fe y buena voluntad en todos y sin desmayos, fortaleciendo todos la idea del bien y de lo justo, premiando y estimulando, abriendo paso á la equidad, procurando como primer remedio la cultura y educación pública, único y principal medio de regeneración; arrojando en la cara del hombre venal los dictados del desprecio, no hay duda de que habremos realizado la verdadera conquista que debemos implantar, y que implantaremos, en esos territorios donde España abrigará en su seno el

desarrollo comercial más grande que hayan podido presenciar todas las anteriores generaciones, porque tampoco en lugar alguno del planeta se reunieron tan vasta extensión de territorios que tuvieran paso tan limitado y obligado como el Estrecho de Gibraltar. Esa actividad fabril é industrial de dos continentes llevan consigo comercio de productos y comercio de ideas, y como ellas llevan luz propia que irradia y alumbra por donde pasan, los dos litorales están llamados á ser el asiento de una civilización floreciente y esplendorosa, que es la herencia y el tesoro que de nosotros reclaman las generaciones futuras. Verdad es que amargas y dolores habrá de costarnos, pero también los dolores del parto abren paso á un mundo de amores y cariños que luego vemos enloquecidos crecer y desarrollarse sobre la mullida cuna.

En hacer comprender esta razón, en estimular la voluntad nacional, en tener fe de que el porvenir de España no es lo pesimista ni mucho menos de los que de todo desconfían, en sacar de su atonía suicida á los que nada hacen, en poner en acción la inteligencia nacional por la cultura, en robustecer las ideas de amplia libertad y se-

veridad de la justicia, en fortalecer la paz por medio de una honrada administración, en dar fuerza para que la tengan los que nos gobiernan, en que la repugnancia al favor crezca y prevalezca el orden y la armonía, habremos de poner nuestros modestos esfuerzos, en los cuales vamos bien acompañados por la inmensa mayoría de la opinión sana, que tanto interesa fomentar y agrandar para bien de la Patria.



CAPÍTULO IV

Razones históricas y tradicionales para el porvenir de España en Marruecos.

El pueblo español y el marroquí tienen puntos de afinidad de carácter étnico é histórico que ningún otro europeo puede ostentar.

Desde la batalla del Guadalete en 711 á la toma de Granada en 1492, tuvieron los dos pueblos UNA CONVIVENCIA de ocho siglos dentro de la Península, que si no fundió las razas, las compenetró de tal modo en costumbres, idiomas, ciencias, artes, industrias, tradiciones, gustos y manifestaciones generales del sentimiento, que toda nuestra idiosincrasia tiene en ella su fundamento y razón de ser.

En nuestras provincias meridionales, últimas posesiones de aquella laboriosa raza, quedó de tal manera injertado é impreso el genio árabe, que puestos en contacto uno y otro, en muy poco

tiempo se asimilan y conviven, sintiendo tal grado de simpatía recíproca, que no tardan en formar una familia; numerosos españoles viven entre los marroquíes, y el idioma y las costumbres se las apropian de tal modo que pronto llegan á confundirse con los naturales. Por otra parte, los moros miran con veneración las reliquias que sus antepasados dejaron en nuestro suelo, y es seguro que nuestro dominio los pondría en la corriente de la civilización, y que con un espíritu de tolerancia y con la cultura que necesariamente en el tiempo se asimilasen, fácilmente tendrían nueva entrada en nuestra convivencia, y llegarían á ser un gran elemento de beneficios incalculables luego que saboreasen los efectos de la paz y el orden, que supone la garantía de un bienestar que desconocen; son pueblos que se aman si el fanatismo no los separase.

Nuestro idioma está plagado de radicales y vocabulario árabe; en árabe están escritos un inmenso número de documentos importantes de nuestras bibliotecas; nuestra arquitectura respira toda ella sus más escogidos modelos y es árabe su tecnicismo; nuestra agricultura tiene de ellos lo mejor de su explotación, y aún lloramos la

expulsión de los moriscos como uno de los errores más sensibles de nuestra Historia; nuestra poesía no puede desechar aquel deje melancólico del sentimiento árabe; nuestras tradiciones, nuestra música, nuestros cantos populares, el fatalismo que nos domina, nuestra intransigencia religiosa son una herencia recogida de ellos. Por otra parte, la naturaleza del suelo africano, con su vegetación y su clima, es la misma de las costas españolas, y ningún otro pueblo de Europa retoñaría y viviría como nosotros en aquello que es idéntico á nuestro medio ambiente, donde la raza se desenvolvería como en su propio hogar, y es cosa sabida que nuestra Autoridad sería la menos dura á un pueblo que tiene con el nuestro tantos puntos de semejanza. Y de tal modo es cierto lo que asentamos, que en el concierto de las grandes Potencias á España es una de las que le reconocen éstas el deber de realizar esa misión de Policía y mantenimiento del orden allende el Estrecho que le dan la Historia, las tradiciones, la Naturaleza, la identidad de raza y la vecindad.

Acaso se nos acusa del defecto de que no somos buenos colonizadores, y tiempo es ya de que en tal sentido se nos haga la merecida justicia,

porque ahí está plagada la superficie del planeta de nuestra obra civilizadora y de cómo hemos formado pueblos nuevos sin haber destruído razas y sin haber realizado explotaciones que otros dominadores han convertido en fuentes de lucro y de pingües ingresos para sus Metrópolis.

Es cierto que en nuestra vida interior hemos sido poco afortunados, y que de nuestros males han sufrido las consecuencias aquellos países que pertenecían á nuestros dominios, pero España ha dado en bien de sus hijos cuanto podía darles, y la Humanidad entera, que hoy nos mira con demasiada injusticia, saborea los deliciosos y abundantes frutos de nuestro esfuerzo, siendo los únicos que, como el caballero D. Quijote, hemos recogido los golpes y tropiezos y ninguno de los medros de tan descomunal batalla. Los galeotes salen con frecuencia á privar de libertad y á negar sus legítimos derechos á la que se la dió al mundo y ninguno negó á la civilización que, á expensas de sacrificios, tanto les ofrecía en toda clase de bienes; que no de otro modo recibe el pago el bienhechor de su beneficiado.

Acaso nuestro mayor defecto haya sido más de honrado y fraternal trato con los pueblos que

de nosotros se han desprendido, que de cálculos y medros respecto á nuestros intereses. El sentimiento de fraternidad que palpitaba en el alma española ha templado los rigores del dominio, y sin que queramos lavarnos del pecado de las exageraciones de época y de los desenfrenos que aquellas exploraciones y conquistas gigantescas llevaron en pos de sí, sin ejemplo en la Historia, la gloria inmarcesible que España logró alcanzar con su sangre, grabando en el planeta su nombre y legando á su gran familia su idioma, sus amores y pasiones. Ahí están para pregonarla más de cien millones de hombres que forman el sentir y el pensar de aquellos pueblos americanos, y cada día más poderosos y más ricos, que ahora pronuncian el santo nombre de la *Madre* y elevan sus plegarias á Dios en el mismo idioma que las rudas castellanas lo hicieron cuando ponían al servicio de la independencia de España contra esa raza que hoy ocupa Marruecos sus bravas mesnadas de padres, maridos é hijos. Nunca, es verdad, pensaron los españoles en las ventajas materialmente utilitarias de la conquista, pero nadie puede negarles el mérito de haber descubierto continentes, enseñando á la Hu-

manidad cómo se daba la vuelta al mundo y cómo se llevaba la civilización á los pueblos salvajes sin destruirlos ni aniquilarlos. Dimos lo que tuvimos, pero jamás pecamos de crueles con las razas inferiores que sometiéramos al cetro de la soberanía metropolitana.

Y bien; pueblo que tanto ha ofrecido á la especie humana tiene que padecer cansancio, y no es mucho que sufra los achaques de la vejez, que siempre fué altar de respeto y de veneración, y si hoy, después de tanta vida engendrada, se puede envanecer de sus retoños, alientos sobrados atesora aún para poner al servicio de la civilización los anchos cauces que necesita el comercio del mundo para iluminar y enriquecer el Continente Africano por el Estrecho de Gibraltar.

Tales fundamentos nos autorizan á pensar que se tuvieron en cuenta en los conciertos internacionales para el reconocimiento de nuestro derecho, porque era uno de los pueblos que reunía mayores condiciones que le abonaran, y porque si España pudo hacer labor tan gigantesca en territorios ignorados, no habrán de faltarle medios, con las armas de la paz y de cuantos recursos el problema exija, para extender su autoridad

y su influencia en posesiones habitadas por pueblos de tan íntima familiaridad. Luego que la inteligencia, cultivada y educada, rompa los lazos que le amarran á la barbarie, la compenetración entre españoles y moros de Africa sería empeño fácil.

El pesimismo y el desaliento son las negruras que producen la falta de fe. La vida es anhelo, ansia, ideal de algo que fortalece el sentimiento y arranca heroísmos de los débiles, y como España no lo es si sus hijos se compenetran y convencen de lo mucho que la Humanidad nos debe, demostremos á ésta cuánto puede esperar de nosotros, haciendo simultáneamente nuestro bien y el de la sociedad universal, poniendo nuestros esfuerzos unidos al servicio del mantenimiento del Derecho y fortaleciendo la vida nacional con el estudio y el trabajo.

España está obligada á pensar hondamente en problema tan vital para su presente y su futuro como lo venimos exponiendo, y esto nos lleva á consideraciones acerca de su temperamento nacional.

Acaso sea el nuestro el país formado por elementos más heterogéneos de los que constituyen

ningún otro pueblo del planeta. Su clima y analogía son variadísimos, con arrastres y sedimentos distintos y en ocasiones opuestos. Los celtas, los iberos, los griegos, los cartagineses, los romanos, los godos, la mezcolanza árabe, llegada como aluvión, y finalmente, algo de lo importado del Nuevo Mundo, hacen que sus diferentes zonas, donde se acentúan más ó menos estas notas de raza, tengan tendencias y pasiones que no le dan un sentimiento homogéneo. Así se observa cómo la intrepidez del marino cántabro hace contraste con el arriesgado aventurero extremeño; la laboriosidad é industrialismo del catalán, con la indolencia é inconstancia del andaluz; la franca rudeza aragonesa, con la melancólica asiduidad del gallego; la bravura de los astures, con el sentimiento artístico y laborioso del valenciano; la tenaz independendencia de los vascos, con la amplísima liberalidad castellana, y finalmente, la honrada aspereza del navarro, con el carácter socarrón y bondadoso del manchego; todos, en fin, españoles con amor insuperable á su Patria; pero allá en el fondo hay una variedad algo incoherente que acaso justifique su falta de unidad en un ideal intensa-

mente nacional, porque también sus intereses y aspiraciones son distintas. Ello es que resulta en su conjunto un carácter inconstante, que no medita ni calcula cuanto puede convenirle, y que la irreflexión le conduce en ocasiones á llegar más allá de sus conveniencias ó á un indiferentismo suicida en lo que más puede interesarle. Es, por tanto, incuestionable que el desorden y la falta de seriedad que tales males originan tienen como único y mejor remedio una decisión firme é inquebrantable de las clases directoras hacia la cultura y educación popular para apretar esos lazos, formando un alma sólidamente homogénea capaz de comprender y penetrarse por los dictados de la inteligencia nacional de cuanto pueda ser beneficioso al interés patrio en todos los órdenes, fortaleciéndola y elevándola al rango que las corrientes del progreso reclaman.

Así es como podremos hacer los honores á nuestra Historia y á nuestras tradiciones apuntadas.



CAPÍTULO V

Nuestra acción en Marruecos.

Acaso alguien nos pregunte el por qué de presentir nosotros ese futuro desarrollo comercial que las generaciones pretéritas no realizaron.

Pensemos que en cada momento de la Historia la Humanidad realiza los actos que sus necesidades reclaman y que á satisfacerlas encamina todas sus energías y actividades, y hallaremos fácilmente la respuesta.

Hasta hoy la posesión del Continente Africano sólo ha sido de tanteos más ó menos afortunados en sus extensísimas costas de parte de aquellos pueblos que fueron empujados á la ardua empresa por el imperio de sus propias necesidades interiormente sentidas. Y como éstas crecen más cada día por abrumadora manera, de ahí el problema de la expansión colonial, planteado ya en todos los Estados civilizados, problema cuya so-

lución se busca con verdadera ansiedad de encontrarla á paso de carga en esa inmensa porción del globo terrestre que, para baldón del progreso moderno, todavía yace sumido en las tinieblas de la barbarie.

Las antiguas posesiones coloniales de Europa, en su gran mayoría, entrarían ya en la edad viril de la emancipación. Todas ó casi todas se han colocado en condiciones de independencía, todas ó casi todas se han trocado, por la labor del tiempo, en organismos vivientes con personalidad propia en el concierto internacional. La acción de las nacionalidades europeas se ha debilitado en ellas á tal extremo, que si los mercados de allende los mares aún siguen abiertos para los productos fabriles europeos, la competencia con que se reciben ya no pocos artículos de comercio acabará en breve por cerrarles el paso á cal y canto.

Debilitada, pues, ó á punto de concluir la tutela europea en aquellos parajes descubiertos por el genio aventurero de nuestros antecesores, es indudable que estos pueblos de Occidente, aun henchidos de vida, necesitan reponer esas fuerzas perdidas con nuevas adquisiciones, porque si su

misión civilizadora se va cumpliendo con rapidez, urge pensar en dónde aplicar esas energías que resultan vacantes, y que solamente Africa puede ofrecerlas mejor que ningún otro punto del planeta, campo adecuado á su desarrollo. Y como esto es un hecho real y positivo y el litoral hispano-marroquí es el más próximo y el de más fácil entrada al Africa, lo dicho autoriza á pensar que cuanto llevamos expuesto encierra la razón suprema de la realidad que se avecina.

En el nuevo teatro de los acontecimientos universales á España le corresponde un papel humanitario de altísima transcendencia. Porque si es cierto que España, en los dominios de la Historia, alumbró con su genio aventurero continentes desconocidos donde hoy se asientan pueblos poderosos y donde tienen su desarrollo las más hermosas luminarias del progreso, ahora, en otro orden de ideas, los retornos del destino la colocan en situación que á ella pertenezca también la misión de ser la encargada de abrir de par en par las puertas por donde haya de pasar la civilización al Continente Africano.

La labor es dura, las resistencias tenaces y las breñas que pueblan el territorio marroquí ha-

brán de producirnos dolorosos arañazos, pero como todo bien supone esfuerzos y sacrificios, hay que hacerlos.

No es el pueblo marroquí de aquellos pueblos dóciles que aceptan voluntariamente los beneficios de la cultura y la civilización; antes rechaza y repugna cuanto suponga alteración distinta en su modo de ser y de vivir. Ensimismado en su coránica organización, le abruman y espantan los destellos de la ciencia y se opone como resistente bloque á que la Humanidad goce del territorio que posee. Cristalizado en su propio concepto, si el mundo, inspirándose en altos principios de filosofía, ha de barrenar aquel obstáculo, será á costa de sacrificios dolorosos seguramente, pero no se olvide que tampoco los tesoros de la tierra se consiguen de otro modo, y que á los goces de la Humanidad el dolor les precedió siempre.

La salud humana obliga á sanear la zona donde se desarrolla una enfermedad infecciosa, imponiendo con todo rigor la extinción de los agentes que la perturban. No basta que el enfermo se oponga á ser curado; voluntaria ó coactivamente se le obliga á recibir los auxilios que la

ciencia aconseja. Mucho importa la salud individual, pero es más importante aún la salud pública. El planeta es de los hombres, y para vivir bajo el amparo del derecho universal que ostenta el progreso y la libertad humana, no es suficiente que un pueblo ame la barbarie y á título de propiedad excluya, bajo tal pretensión, el comercio que la civilización reclama. El pueblo marroquí y las hordas que le habitan defienden con tenacidad salvaje el error y son obstáculo al paso del derecho, del cambio de ideas y de cuanto significa convivencia humana, y eso es intolerable dentro de los altos principios de asociación universal.

Si prosperasen esas tendencias egoístas de los pueblos salvajes y semibárbaros, el hombre retrocedería á su primitivo estado, y la vida humana sería exclusivamente local y de una reconcentración individualista de tal modo, que, reducido á su propia personalidad, llegaría á la desaparición absoluta de toda relación sociable. Y entonces, ¡adiós derecho, moral, libertad, seguridad, etcétera, etc.! Vendría el choque de los hombres entre sí al igual que el de las fieras, y ciencia y cooperación habrían dejado de tener razón de ser.

Por eso, cuando se sostiene que aquellos pueblos defienden su derecho, se comete una gran equivocación. Defienden su guarida como la fiera, impidiendo el paso de la civilización, y á eso no tienen derecho, porque el uso de mi propiedad me da todas cuantas facultades son practicables á mi bien y al de los demás, y aunque yo soy dueño de mi casa, ni puedo incendiarla ni hacer lo que á otro perjudique, y tengo que admitir y tolerar el bien público con el mío en racional consorcio.

Venimos sosteniendo que las conquistas de allende el Estrecho de Gibraltar constituyen la clave más positiva del porvenir de España. Por allí saldrá necesariamente encauzado el torrente de la civilización, como paso obligado de ambos Continentes, así como también nos llegó por allí la cultura asiática en los caldeados cerebros de los árabes, fecundizando la Europa de la Edad Media. Y si entonces Córdoba y otras ciudades andaluzas eran, como hoy París, las antorchas que iluminaron las conciencias de aquel tiempo, ¡quién sabe si en el retorno de los acontecimien-

tos de la Historia se asentarán las futuras Atenas en las riberas del Estrecho!

Los destinos de los pueblos están matemáticamente unidos á su posición geográfica en el planeta y por eso á la península Ibérica correspondieron los más grandes descubrimientos geográficos que registra la Historia. Fuimos en esto herederos de los intrépidos fenicios, sin duda alguna, por habitar los territorios más occidentales del Viejo Mundo.

Podrán los políticos y diplomáticos arreglar el mapa de los dominios humanos á sus caprichos y conveniencias, pero jamás alterarán la posición de latitud y longitud de cualquiera de sus territorios.

La ciencia facilitará al hombre modos no soñados para comunicarse moral y materialmente desde uno á otro lugar, pero ni el *andar* ni el *hablar* podrán ser suprimidos como elementos primarios indispensables, y los obstáculos naturales serán siempre proporcionales á estas maneras elementales de salvarlos.

Todos estos son fundamentos en los que apoyamos la idea de que es preciso que los españoles nos convenzamos de que la pretensión actual es

de una necesidad patriótica civilizadora, tan grande que, quizá por su misma magnitud, las gentes, por su falta de cultura y por ese pesimismo suicida que nos aplana, no nos percatemos de su importancia colosal.

Si Cuba y Puerto Rico y Filipinas, con sus espléndidas vegetaciones y sus inmensas riquezas, siguieran siendo nuestras y nos las cambiasen por la extensión correspondiente á tres provincias españolas en las costas africanas del Estrecho, para España, entiéndase bien, para España, por su posición geográfica, estas tres provincias le representarían muchísimo más que aquellos valiosos territorios. Esto engrandece la nación; aquello sería una posesión que, tarde ó temprano, se seccionaría en el orden natural de su desenvolvimiento, mientras que lo que forme parte tan íntima de nuestro territorio siempre sería querido y defendido, al igual del solar de la Patria, hasta por facilidad de los propios medios para conseguir y mantener la defensa en caso de guerra.

Estas razones están fundamentadas en el orden natural de las cosas y en la conveniencia humana universal. El pedazo de tierra que linda con

mi propiedad en la provincia y pueblo de tal, me puede ser de una gran conveniencia. Una gran finca en otra provincia ó pueblo acaso no llamen mi atención. Las costas africanas de allende el Estrecho son una continuación geográfica de nuestra Península y por lo mismo teatro lógico de un gran porvenir nacional.

Por amor á España, pues, tenemos todos que conquistar ese pedazo de suelo y redimirnos de la falta de fe en todo, que un pesimismo suicida puso, en mal hora, en nuestros antiguos alientos.

Nadie es débil ni incapaz mientras dentro de sí sienta vibrar con energía la confianza en sí propio. Y es caso de responsabilidad colectiva de los que, teniendo conciencia de sus males y la evidencia de los remedios, no acuden inmediatamente á iluminar y fortalecer la inteligencia patria, única manera de llevarnos á la mayor y más grande de todas las victorias: á vencerse á sí mismos; á las victorias de la voluntad, que engrandecen al hombre y hacen fuertes y poderosos á los pueblos; á las victorias de la cultura, ilustración y educación, que sirviendo al progreso y ensanchando los dominios de la Moral y del Bien nos hacen inteligentes y buenos.

Con ambas conquistas engrandeceremos á nuestra amadísima España, que confía en la fe, en el valor cívico y en la persistencia de todos sus hijos.



CAPÍTULO VI

Principales intereses territoriales de España en Marruecos; sus obstáculos.

El interés nacional de España debe estar contenido en límites de prudencia que, sin menoscabo de sus derechos y de su decoro, no aparezca ni como conquistadora ni como indiferente, que abandona aquello que en buenos principios de razón la pertenece: es esencial para la misma el litoral que constituye la costa marroquí del Estrecho; comprometerse en descomunales conquistas y aventuras que imposibiliten su reorganización económica y política, sería irreflexivo y de incalculables peligros. Lejos de nosotros tal pretensión; pero en hacer el último esfuerzo, en conseguir el solar donde han de tener su asiento final los grandes negocios que Europa genere al entrar en posesión del Continente Africano, pueden y deben quedar, por hoy, limitadas

nuestras modestas aspiraciones. La labor reproductiva de explotación y de riqueza habrá de hacerla esa inmensa plétora de población que el mundo civilizado no puede contener, y que por ley de extrema necesidad verterá en esos inmensos territorios que la barbarie retiene fuera del Comercio universal. España debe atender con verdadero interés el dominio indicado, porque el dueño de uno de los litorales apuntados tiene imperiosa necesidad de serlo también del otro, á fin del mejor desenvolvimiento de su actividad mercantil.

Tal entendemos la importancia que tiene el problema de Marruecos para nosotros en el terreno de los intereses mercantiles, pero es que, además, envuelve acaso el de la independencia nacional, porque limitada y reducida á un círculo inflexible nuestra actividad, quedaríamos encerrados en tal forma, que nuestra potencialidad iría aniquilándose en razón directa al crecimiento del pueblo dominador de ambos litorales, que concluiría por absorber nuestra independencia y terminaría por quedar anulada nuestra personalidad como pueblo libre.

En tal situación, cuando más, España queda-

ría reducida, como Suiza, á una vida interior, sin otro porvenir que la riqueza que pudiese arrancar á las condiciones de su territorio. Nuestro poderoso vecino llegaría de hecho ó de derecho al término de sus necesidades, que nos serían impuestas imperiosamente; tan enorme es el riesgo que estamos bordeando. Si es verdad que en la alta filosofía social se dibuja el principio de la solidaridad humana, sus líneas son tan débiles para borrar las de las nacionalidades, que no hay derecho á pensar que en los presentes momentos de la Historia alcance tan alto grado de perfección, y como todas las naciones mantienen con febril energía su personalidad y en ello derrochan la mayor suma de sus imposibles presupuestos, no hay más remedio que servir con penosa obligación tan bárbaro procedimiento. El egoísmo internacional nos obliga á poner al servicio de la idea nuestras fuerzas *morales* y *materiales*, que no podemos ni debemos excusar en cuanto sea preciso, á fin de no disminuir la capacidad territorial y la de nuestro futuro porvenir por negligencias y olvidos de nuestros derechos y obligaciones.

Enormes responsabilidades pesan actualmente

sobre nosotros; pero si hemos de ser lógicos, esta es una abominable herencia que nos legaron nuestras anteriores generaciones, que derrocharon inútilmente valiosas energías en vanidosas aventuras. No se cuidaron de afirmar los verdaderos cimientos de una fuerte y poderosa nacionalidad hispana. Bastante más útiles y duraderas hubieran sido las victorias más allá del Estrecho que las que consiguieron en inestables dominios, en tantos y tan diferentes puntos del Continente Europeo, que apenas duraron lo que el calor de la sangre vertida en conseguir las. Es cierto que los egoísmos de los Poderosos de la Tierra limitarán el radio de acción de lo que en ley geográfica nos pertenece, pero dentro de esas condiciones no podemos ni debemos dejar de hacer todo lo que las circunstancias reclaman de nosotros para que lo conseguido sea el máximo de lo que nos sea permitido obtener. Tengamos en cuenta lo extraordinario del caso, puesto que á la alta discreción de una política hábil y honrada, tanto ó mucho más que á la fuerza de las armas, hay que fiar el éxito de tan gravísimo problema.

Cuando estas cuestiones se las estudia sin pro-

fundizarlas, se ve, por el espejismo de las mismas en la lucha con los marroquíes, el esfuerzo inmenso que puede costar el reducirlos. No son esos los enemigos más temibles ni los más difíciles de vencer, á esos se los domina con relativa facilidad; el enemigo abrumador no viste chilaba ni turbante, viste frac y corbata blanca, y dispone de medios tan temibles, que sólo el miedo de su propio mal los detiene. La lucha actual del mundo es lucha de mercancías, lucha de mercados, ó, por mejor decir, lucha de hambre. Todos ellos, absolutamente todos, se sienten interiormente caldeados por una extrema necesidad que los impulsa á salir de su guarida con la defensa más temible para hacerse respetar y recoger algo que mitigue las enormes exigencias de su país. Esta es la verdadera situación del caso que venimos exponiendo, y á estos temores y á estos temibles enemigos es á los que hay que sortear con una habilidad que sólo el talento puede conseguirlo. Esos mismos Poderosos, que con tanto recelo miran sus intereses mutuos, quizá por una ley de la Historia puedan ver en nosotros, por nuestra misma debilidad, los únicos posibles que permitan el paso á sus egoísmos,

sin grandes dificultades, como un modo de adquirir mercados que, conseguidos por sí mismos, podrían comprometer la paz que tanto les interesa conservar.

En aprovechar las circunstancias que el momento histórico nos ofrezca está la verdadera habilidad.

Por eso aconsejamos en el capítulo anterior cuán obligados estamos á presentarnos en esta escena con la más exquisita corrección, en forma tal, que ni en el terreno de la fuerza armada, ni en los medios empleados en la pacífica posesión puedan tener reproche alguno, á fin de que también tengan nuestros intereses el más amplio desarrollo que remunere nuestros sacrificios, y que, amparando la concurrencia mundial del comercio, arraiguen y tomen la mayor fuerza posible todos cuantos negocios allí puedan concurrir. En abrir el cauce de entrada de las grandes explotaciones debemos cifrar nuestro mayor anhelo, porque una industria y una necesidad generan otra, y en la gran concurrencia del trabajo debemos esperar que esas energías que los grandes pueblos necesitan emplear sean atraídas con mayor apetencia á ese mundo inexplor-

tado que tanto importa á España para su engrandecimiento. Estos fenómenos no se realizan más que al amparo de un riguroso y amplísimo derecho.

No son tan fáciles de salvar los obstáculos que el problema envuelve, y bien vale la pena de atenderlos con suma atención y el más exquisito tacto.

Nos importa mucho una política nacional que nos permita la entrada dando solución á nuestros intereses comerciales. Hacer posible, en lógico consorcio, los de la sociedad internacional con los de España, á fin de que coadyuven á la obra común de nuestro porvenir y al que la Humanidad tiene derecho á utilizar explotando el Continente Africano. Política de habilidad para que hasta los mismos naturales no sean obstáculo al fin perseguido, ya que por circunstancias de raza, clima y tradiciones apuntadas, puede ser la solución menos dura que la que cualquier otro pueblo de Europa pudiera ofrecerles.



CAPÍTULO VII

Comercio y turismo intercontinental.

El *Comercio*, substancialmente, lo genera la *necesidad*, que utilizando medios apropiados para satisfacerla, toma, como primeros factores, *rapidez, baratura y seguridad*: por él se relaciona la Humanidad entera y transforma los infinitos *modos* de la materia del planeta en cosa útil, y aplicando á su servicio la inteligencia humana, amplía ilimitadamente su inmenso desarrollo, más grande siempre en la explotación y aproximación de productos y mayor en la extensión de sus vastos dominios.

La línea recta es la más corta entre dos puntos, y cuando une medios casi homogéneos, como sucede entre España y Marruecos, este será el curso normal que sigan los hombres para entrar en la parte septentrional del Africa, ahorrándose tiempo y dinero, y mayor seguridad que por

ninguna otra parte de las costas mediterráneas.

Es, pues, el Estrecho de Gibraltar el punto obligado de paso, y por allí tiene que concurrir imprescindiblemente la mayor suma de actividad comercial de Africa y Europa.

Si son factores esenciales del Comercio *baratura* y *tiempo*, para que prenda lozano su desarrollo, la *seguridad* reclama *orden*, *afirmación del derecho* y *recta administración*, y entonces podemos hacer esta afirmación axiomática: *el minimum de interés comercial está en relación directa con el maximum de confianza y rectitud.*

En esto nos fundamos en capítulos anteriores para decir que, si nuestra influencia en el litoral africano de allende el Estrecho no tiene como base la aplicación de los más elevados principios de justicia y de la altísima razón ética que reclaman los negocios de la sociedad humana, podremos ser un obstáculo que concluyan por prescindir de nosotros. Entonces quedaríamos anulados, siendo muy poco halagüeño nuestro porvenir. Si, por el contrario, asentamos allí de una manera positiva los principios apuntados, recibiremos el apoyo de la sociedad internacional, que verá en nosotros un factor apropiado

para la defensa y desarrollo de nuestros intereses y los de la Humanidad. En tales condiciones vendremos á facilitar la entrada comercial del mundo por todo el territorio de España y mucho más por los dos litorales del Estrecho, con lo cual es cierto que el mundo se beneficiará de nuestra labor, pero los más inmediatamente favorecidos seremos nosotros, puesto que todos habrán de hospedarse en nuestros hogares, y es cosa sabida que el huésped trae dinero y esparce ideas que fertilizan y ensanchan la cultura y educación de los pueblos, haciéndolos mejores y más agradables.

Este fenómeno de acción moral habrá de realizarse necesariamente por unos ó por otros. Como una consecuencia lógica las ventajas de la civilización harán de aquellos litorales el invernadero de Europa. Sus montes, y sus ríos y sus valles, hoy abruptos y selváticos, donde la barbarie tiene su asiento y hace de la personalidad humana vil mercancía, y que, como la fiera, se opone el rudo marroquí al paso de las hermosuras del progreso, aquellos lugares, decimos, se convertirán en amenas y risueñas posesiones que la Ciencia y el Arte transformarán en floridos

jardines y tranquilas mansiones de recreo. A la fiebre de los negocios acompañará la paz, que permita goces honestos y tranquilos; que las afirmaciones del Derecho protegen el trabajo y son eternos veneros de riqueza y bienestar. Esto nos autoriza á pensar, como lógica deducción, que allí, en la mansión de la barbarie, en los actuales momentos, brotarán al calor del trabajo y del tráfico grandes agrupaciones humanas, de las que acaso no pudieran darnos idea los más entusiastas soñadores, porque si en el terreno de la ciencia es axiomático que la posición de la materia es la de un estado de eterna inestabilidad, en la organización social ocurre lo mismo; Babilonia, Nínive, Jerusalén, Memphis y otras muchas ciudades sepultadas en el olvido no son más que recuerdos y escombros de generaciones y débiles centelleos de ideas extinguidas; por el contrario, Nueva York, Buenos Aires, San Francisco de California, Habana, Valparaíso, Río Janeiro, Quito, Manila, Melbourne, etcétera, y miles y miles de ciudades nacientes, hoy emporios asombrosos del comercio actual, eran, desde hace poco no más, terrenos desconocidos, quizá inhabitados, pero el trabajo y el comercio

y la industria y un afán infinito de crear riqueza ha formado esas maravillas, engendradoras de otras y otras, en razón directa á la necesidad, que irá trazando derroteros y direcciones apropiadas. No hay, pues, razón alguna que se oponga al supuesto de que el genio fabril y mercantil que se desenvuelva para la explotación del Continente Africano reproduzca el fenómeno que la civilización ha creado en América, Oceanía y en buena parte de la misma Africa. Seguramente hubiéramos tenido por loco al que nos hubiese anunciado en el siglo xvi algo de lo muchísimo que la misma realidad se ha encargado de traspasar con hechos positivos en el siglo xx, y si aquello que aún no ha llegado ni con mucho á su pleno desarrollo, presagiamos que tiene capacidad para que en días no lejanos pueda la Humanidad crecer y multiplicarse en relación á los medios de que esos vastos territorios son capaces de proporcionarla, otro tanto puede y debe suceder con ese Continente Africano una vez entrado en los dominios de una explotación ordenada y científica.

Tenemos fe absoluta al afirmar que los dos litorales del Estrecho de Gibraltar son el solar

y asiento de una nueva población afroeuropea, donde la civilización futura asentará todo el inmenso palenque reclamado por el comercio y la industria enormes, de que es susceptible tan vastísimo territorio y de que es capaz la sociedad humana.

En los momentos actuales, España ocupa un rincón del mundo, y esta es la razón fundamental por la que se nos visita de una manera particular, porque no se enlaza bien el viaje con el resto de Europa; pero el día que tengan su natural desarrollo los intereses africanos y la civilización haya realizado su labor, las curiosidades de ese nuevo mundo, casi ignorado, atraerán al turista, y los monumentos y curiosidades españolas serán las primeramente conocidas, y esa cordillera enorme que termina en el Cabo de Tarifa y recorre toda la costa más meridional de la Península, con sus eternas nieves en sus empinadas cúspides, asomándose al África como gigante que pretendiese iluminarla; cordillera, decimos, que á su pie se da la caña de azúcar y las plantas de las zonas cálidas, y que en la cima ostenta el clima polar, desierto de toda vegetación, espera que el trabajo humano

haga de ella una de las mansiones más preciosas del planeta, porque también como ninguna otra reúne bellezas con tanta prodigalidad de luz, climas y encantos naturales tan desconocidos como muchos territorios de África, de que venimos tratando. El risueño paisaje de sus faldas hace deliciosa la vida en el invierno. En el verano la Veleta y Mulhacem ofrecen las mismas condiciones de las zonas heladas, todo comprendido dentro de pequeño número de kilómetros, en que á los 3.500 metros de elevación de las cumbres en línea casi vertical, lamen su pie las olas del Mediterráneo entre los paralelos 36 y 37, inferior, por consiguiente, á la parte más meridional de la isla de Sicilia y del Cabo de Matapán en Grecia. Es decir, que España ofrece al mundo la zona más meridional de Europa, resguardando esas mismas costas de los vientos del Norte por la gran cordillera Penibética, bañada por el Mediterráneo y caldeada por los vientos caliginosos del Africa. Estas son condiciones más que suficientes para hacer de estas costas el verjel más hermoso que el buen gusto puede imaginar. En otro orden de ideas, el Guadalquivir permite navegarle hasta Sevilla, que por ser

el puerto más interior tiene condiciones para ser, en el terreno de los mercados, el futuro Londres.

Al otro lado del Estrecho, la cordillera del Atlas y sus ramificaciones ofrecen climas y zonas que pueden ser lugar de grandes explotaciones y asiento de populosas ciudades que alimentarán la riqueza local y la que concurra de ambos Continentes. Desde Cabo Verde á Tánger, el litoral atlántico, de suelo fecundo y accidentado, es capaz de nutrir una gran población, y la costa mediterránea, desde Ceuta á Túnez, ya nos dice, en lo que es colonia francesa, cómo se desenvuelve una gran riqueza, que hace honor á lo que venimos afirmando.

Interesa á España de una manera decidida prestar su apoyo para que entren en el torrente de la civilización y del comercio los territorios africanos de Marruecos y demás del Continente, porque del desarrollo mercantil é industrial que se implanten allí ha de venir nuestra futura grandeza, que lo será por nuestro propio esfuerzo en primer lugar, y porque facilitando el de los demás también, nosotros nos beneficiamos', que si grandes son los que ofrecen los negocios, muy

grande y poderoso es también el comercio de las ideas, que siempre le acompaña.

Aunar esfuerzos de inteligencia para que los demás pueblos nos apoyen sirviendo de garantía á todos los intereses que puedan caer bajo nuestra influencia nacional y en atraernos la población indígena para que, á ser posible, coopere con nosotros á la afirmación y estabilidad de nuestros derechos y conveniencias en la zona que se nos tiene asignada, está la política, más hábil y más práctica, que todo buen ciudadano español debe pretender y aspirar para asegurar el porvenir á que tiene derecho España y reclaman de nosotros las futuras generaciones.

La falta de previsión de nuestros antecesores nos tiene agobiados en la situación actual, y si las lecciones de la experiencia nada enseñan, no tendremos derecho á quejarnos de nuestra desgracia.



CAPÍTULO VIII

Las principales vías terrestres africanas enlazarán con España por el Estrecho de Gibraltar.—Costa occidental.

El punto más inmediato entre Europa y Africa es el Estrecho de Gibraltar. Es muy factible el proyecto de un puente sobre el mismo ó el de un túnel que los enlace. Obras de mayor importancia se han llevado á cabo y nos permite pensar que habrá de realizarse tan luego como la importancia de los negocios lo reclame.

El mundo civilizado ve con impaciencia fuera de su comercio al Imperio marroquí. Reclama su explotación como una gran necesidad humana; no será muy lejano el día en que por cualquier causa lo consiga. La recíproca ambición detiene á los colosos; pero ello ha de llegar y llegará. La explotación y el mercado son el gran motivo, aunque se los enuncie con nombres de

altas virtudes, de justicia, fraternidad, civilización, derecho, etc. En resumen: trabajo y negocio. Todo esto necesita medios de transporte, ya para nutrir los puertos ó bien para la exportación é importación de productos por tierra. Estos recursos son indispensables, y los grandes depósitos de mercancías no pueden tener otro lugar mejor que las dos costas del Estrecho, porque allí habrán de terminar necesariamente la mayoría de las grandes vías africanas.

La explotación civilizadora no puede detenerse en el perímetro del Imperio marroquí. Las vías de transporte cruzarán toda la vastísima extensión africana, como sucede actualmente con Europa, gran parte de América, Asia y Oceanía. A poco que se prolonguen las líneas francesas del litoral argelino y oranés hacia nuestras posesiones de Melilla y Ceuta, vendrá necesariamente el enlace de aquéllas con las líneas españolas que terminan hoy en Tarifa y que se habrán de unir por la costa de Marruecos con aquéllas. Lo mismo ha de suceder con las que crucen el Imperio, que avanzarán, recorriendo la costa occidental de Africa, hasta llegar al Cabo de Buena Esperanza, poniendo en comunicación terrestre

directa aquellos inmensos territorios y caudalosos veneros de riquezas del Africa Austral. Territorios, decimos, capaces de sustentar numerosa población, en los que ya se manifiestan briosos gérmenes de grandes nacionalidades que hacen honor á la gran familia humana. En el recorrido de esas extensas líneas se cruzarán terrenos fértiles y cuencas de ríos de tanta capacidad como los del Senegal, Nijer, Congo, Cunene y el Orange, cada uno de por sí suficiente para ser cuna de pueblos tan numerosos como las más grandes Potencias europeas. Conviene hacer constar que dejamos de enumerar otros muchos ríos que vierten en el Atlántico, que acaso puedan ser fuentes de riqueza no presentidas ni soñadas. El litoral occidental que señalamos supone una línea colosal de más de 11.000 kilómetros de costa. En toda ella se extienden inmensas cordilleras más ó menos accidentadas, desde el Estrecho de Gibraltar, bordeando el Atlántico, hasta el Cabo de Buena Esperanza. Sus ignorados tesoros aguardan que la industria humana los ponga al servicio de sus crecientes necesidades. Es cierto que esa larguísima costa marítima es poco accidentada en golfos y ense-

nadas interiores que hagan más accesible al comercio la gran masa central del Continente, pero cabe presumir que sus grandes corrientes fluviales, que, como la del Nijer, es de las mayores del planeta, permita navegarle hasta zonas muy interiores. En territorios muy adentro del Africa, quizá siendo origen de estos grandes ríos, hay lagos como mares, de los que se tienen ideas poco precisas, y probablemente lugares susceptibles de veneros de riqueza desconocidos.

Los archipiélagos de Cabo Verde, Canarias, Fernando Póo y Santo Tomás aún pueden ser objeto de más fecunda explotación.

El cambio de productos que á todos esos territorios hace actualmente la dominación europea acusa la potencia productora de que es posible esta inmensa costa.

El comercio de la América Meridional será rápido y activo, porque su proximidad entre las costas más orientales del Brasil y las más occidentales del África habrá de permitirlo luego que en ambos Continentes se haya desarrollado una explotación tan poderosa como puede nutrir el suelo y la riqueza de tan grandes territorios.

Muchos de los viajes y transportes del África que hoy se hacen por mar se harán por tierra. Los recursos de la Ciencia y de la Industria permitirán trasladarse viajeros por ferrocarril desde el Cabo de Buena Esperanza á París, Berlín ó San Petersburgo con aquellas comodidades que el progreso es capaz de poner al servicio de la Humanidad. Si hoy desde Tarifa se puede hacer fácilmente el viaje hasta la costa más oriental de la Siberia, ninguna razón se opone á que en fechas no lejanas pueda hacerse también desde el Cabo de Buena Esperanza al Estrecho de Bering. Si esto que presentimos y consideramos como muy racional se nos reprochase por alguien como farándula de soñadores, diremos que quien se hubiera atrevido á sentar como posible parte, no más, de lo que el hombre ha trazado sobre el planeta desde la aparición del vapor y de la electricidad como fuerzas utilizables en menos de un siglo, seguramente que la sociedad le hubiera despreciado ó encerrado en un Manicomio por loco. Lo que nosotros enunciamos es muchísimo menos costoso y positivamente posible. La explotación del África, que Europa necesita imprescindiblemente para des-

cargarse de la enorme congestión de su población, que no puede contener ni alimentarla, verterá allí en su creciente emigración y realizará muchísimo más de lo que presumimos. El tiempo tiene la palabra.

En el presentimiento de las cosas están los fundamentos de los grandes negocios y en prever la suerte ó la desgracia de los individuos y de los pueblos consiste la superioridad del estadista sobre el común sentir de los ciudadanos.

África tiene capacidad sobrada para recibir varias veces toda la población de Europa, y, por tanto, lugar suficiente para dirigir allí su emigración, devolviéndole pingües beneficios y grandes mercados.

El Gran Desierto de Sahara atraviesa el Continente en su parte central. Toca el Atlántico y el Mar Rojo en una extensa zona media de 8 á 10 grados entre los paralelos, 15 y 25 de latitud Norte, aproximadamente. Es el obstáculo que ha detenido á la Humanidad en todas las épocas de la Historia para que allí se consolidase la civilización y motivo de repugnancia á su repoblación, pero todo ello está tan poco conocido, que no hay razón positiva para afir-

mar su imposible aplicación útil, ni es obstáculo para la habitabilidad y explotación del resto.

De todas maneras, aun descontando el Gran Desierto, quedan territorios inexplorados y desconocidos que la civilización necesita, y que si la posición del África en la zona tórrida es un grave problema para ser habitado por la raza blanca, no toda ella ofrece esas dificultades. En cambio, hay una cantidad de productos y de cosas que pueden apaciguar muchas necesidades, tan luego como la Ciencia, llevando á la Industria modos ordenados de adaptación, los encauzará dentro del torrente comercial de la vida social universal.

Terminamos, pues, este capítulo afirmando que la mayor parte de los grandes negocios y el comercio que se ha de engendrar en la vastísima extensión apuntada y gran parte de las que han de ser objeto de estudio, tienen por necesidad que pasar por el Estrecho de Gibraltar para enlazarse con Europa. Presentimos igualmente que mucho de las grandes producciones americanas concurrirán allí como centro de mercado para ser distribuido en relación con las exigencias que siempre acompañan á todo

desarrollo comercial, como desde el principio de este trabajo venimos apuntando.

Tan poderosas son las razones que obligan á España á meditar sobre el problema. Tengamos fe en el porvenir y no desmayemos ante la magnitud de tan generosa empresa.



CAPÍTULO IX

Grandes vías terrestres africanas. Costa oriental.

Lector, acaso te fatiguen estas consideraciones que hacemos sobre el futuro africano; pero aun haciéndolo tan descargado de exposiciones geográficas empalagosas y estadísticas comerciales, no podemos evitarte la pena de algo que es imprescindible poner de manifiesto. Toma el mapa de África y verás cómo forma en su parte inferior, correspondiente al hemisferio austral, una especie de ángulo agudo. Que el Continente avanza hasta los 35 grados de latitud Sur, aproximadamente, mientras que por el hemisferio Norte, tomando su ángulo más septentrional en el Cabo Bon y el Blanco, en la Tunicia, alcanza el grado 38 de latitud Norte. Es decir, que el África, tomando un meridiano que alcance la

parte más septentrional y la más meridional, resulta una línea máxima de 73 grados, ó lo que es lo mismo, unos 8.300 kilómetros desde el Cabo Norte al de Buena Esperanza. Si trazamos una línea en forma de paralelo desde Cabo Verde, en la parte más occidental, hasta el Cabo de Guardafuí, en la más oriental, tendremos una longitud aproximada de unos 71 grados en el mismo seno de la zona ecuatorial, que anda por encima de 8.000 kilómetros de anchura el Continente en su línea máxima. Hacemos estas consideraciones para poner de manifiesto que aparece el África en su totalidad como un enorme macizo, sin golfos, mares interiores ni ensenadas, que tanto hubieran facilitado el comercio.

Si desde el Cabo de Buena Esperanza seguimos toda la inmensa costa oriental, la encontraremos casi recta, rígida y exenta de ondulaciones hasta el Cabo de Guardafuí, resultando una línea algo superior á 8.000 kilómetros, cuyas costas, en su parte más meridional, están protegidas por un enorme macizo de montañas que alcanza desde el Cabo, paralelo 35, á la gran cuenca del río Limpopo, paralelo 24, aproximadamente; de latitud Sur.

Las riquezas y tesoros de todas clases que se están poniendo de manifiesto por el genio industrial y comercial de Inglaterra en aquellas vastas posesiones del Cabo, Orange, Transvaal y Natal nos hablan con más elocuencia que todo cuanto pudiéramos decir. Los productos minerales y agrícolas alcanzan mayor desarrollo de día en día. La gran isla de Madagascar, la costa de Mozambique y todo el largo recorrido de ese vasto litoral lo bordean altísimas montañas. Ríos como el Limpopo, Zambeza y otros no menos caudalosos desembocan en el Océano Índico. Lagos de gran capacidad como el Victoria, Nyanza, Tanganika, Rodolfo y muchos importantes, ofrecen un conjunto de condiciones que facultan á suponer capacidad sobrada para admitir grandes desarrollos comerciales y poderosa industria que necesariamente llegarán á serlo tan luego como la emigración europea tome aquellas direcciones. Ahora, lector, sin levantar la vista del mapa de Africa, dime, si no ves como cosa factible, que líneas de transporte crucen desde las costas orientales para enlazar con las que se establezcan en la costa occidental. Que el viaje desde Europa al Africa Austral y

Oriental en su mayor parte ha de pasar por el Estrecho de Gibraltar. Que la América Meridional, para pasar á esos inmensos territorios, como para ir á la India y territorios del Asia, puede afirmarse que utilizará esos mismos medios de comunicación. Que desde el Cabo habrán de trazarse líneas terrestres de transporte y de comunicación; que otro tanto sucederá con la costa oriental hasta llegar al Cabo de Guardafuí; que acaso en la cuenca del Nilo sea donde se tracen las primeras líneas para llegar á todas estas posesiones, pero que surgirán, que cruzarán el Continente y que con muchísima más grandeza, mayores desarrollos de lo que es capaz de concebir nuestra pobre imaginación, se harán y brotarán riquezas y beneficios no soñados, no te quepa duda. Piensa, por un momento, en las vías americanas del Norte que el poderoso genio industrial y comercial de esa raza ha realizado en tres cuartos de siglo; piensa, además, que Europa reclama lugar adonde apagar sus necesidades, y no verás como imposibles y sueños lo que venimos exponiendo. Un problema planteado por la misma Geografía del planeta, llamó la atención de la Humanidad y con-

siguió unir el Mediterráneo con el Mar Rojo. A punto está de realizarse la apertura del istmo de Panamá entre el Atlántico y el Océano Pacífico, porque las necesidades comerciales de *rapidez* y de *economía* se han impuesto. Segurísimos estamos que lo afirmado por nosotros tiene la fuerza del planteamiento de un problema de solución conocido. El viaje desde el Cabo, por tierra, á París ó Berlín, bien por la costa occidental, entrando á Europa por el Estrecho de Gibraltar, ó bien por la costa oriental, siguiendo la cuenca del Nilo, saltando el istmo de Suez y enlazando con las líneas de Turquía del Asia Menor, no son un imposible. Si es un hecho que de enlace en enlace se puede ir desde la parte septentrional de la América del Norte por la costa del Pacífico hasta muy cerca de sus límites meridionales por las líneas chilenas, también lo es que desde Tarifa, siguiendo las varias líneas europeas puede enlazar con el Transiberiano hasta su límite oriental, con miles de combinaciones por toda Europa. No hay, pues, razón alguna que se oponga á que no se realice lo mismo por el imperio de la necesidad que actualmente abrumba y empuja á las naciones de Europa á posesionar-

se y explotar esos vastos y fértiles territorios.

Parecen asuntos de solución muy lejana, pero los países tienen obligación suprema de pensar en su porvenir y cuanto se relaciona con los intereses generales de África, no debemos los españoles mirarlo con indiferencia, sino con muchísimo interés. Si de nuestra mano depende el facilitar que todos los terrenos ulteriores al Estrecho entren en vías de explotación, debemos hacer lo posible para que el radio productor se agrande hasta la ocupación entera del Continente, porque ese sería el máximum de nuestro bien soñado.

La zona oriental inmensa que venimos estudiando es la más rica del Continente. Es, también, la más accidentada y donde probablemente la familia europea pueda aclimatarse mejor por las diferentes temperaturas que ofrecen sus grandes altitudes. Las producciones alimentan al comercio, y hoy mismo aparece la inmensa colonia del Cabo como germen fecundísimo de un gran pueblo. Su benéfica acción habrá de extenderse por toda el África Austral, como feliz anuncio de ventajas incalculables para la Humanidad, que aquel que realiza el bien consigue

la inmensa dicha de hacerlo para sí y extensivo á cuantos le rodean. Esa misma potencia, creadora de riqueza, buscará salidas, y como un centro productor crea otro y otros y se multiplican, no se hará esperar cuanto venimos asentando de las vías comerciales. Las costas orientales enlazarán sus medios de comunicación con las occidentales, y el gran torrente de comercio afroeuropéo seguirá la marcha que lógicamente toman los negocios en tiempo, baratura y seguridad.



CAPÍTULO X

Grandes vías terrestres africanas; costas Nordeste y Septentrional.

El Cabo de Guardafuí y Cabo Verde son los puntos extremos de la línea central del Africa, paralela al Ecuador. En el camino del progreso humano, que tantísimas dificultades ha salvado, no sería imposible que vías de comunicación uniesen un día estos dos Cabos, y que el viaje á la India y Asia Oriental desde la América Meridional pueda hacerse por tierra en su mayor recorrido. Esto mismo podrá suceder si una gran línea de transportes enlazase el Cabo de Guardafuí con el Estrecho de Gibraltar, haciendo más directos y rápidos los viajes desde Oriente á Occidente.

El gran nudo de montañas del alto Egipto que forman el territorio de la Etiopía, ofrece condiciones muy superiores para contener una nu-

merosa población, y acaso ser una de las avanzadas de la futura civilización de este Continente. De ese gran nudo montañoso se desprenden caudalosos afluentes para engrosar el Nilo, y allí se forma también el Juba, que desemboca en el Océano Indico, y no pocos que refrescan las caliginosas costas de parte del Golfo de Adén, del Estrecho de Bab-el-Mandeb y de una buena parte del Mar Rojo. Esa región montañosa empieza á recibir los favores del trabajo y de la explotación y alimenta ya al comercio con valiosos productos.

El inmenso lecho del Nilo lo será, seguramente también, de vías de comunicación que enlacen el Africa Meridional con el ángulo de Guardafuí y con el istmo de Suez.

El genio francés, que puede vanagloriarse de haber sido maestro de grandes enseñanzas á la Humanidad, escribió una página imborrable con la apertura del istmo de Suez, acortando el viaje de Europa al Asia en una gran distancia. Inglaterra creyó un imposible obra tan racional y no la prestó su apoyo, pero cuando los hechos pusieron de manifiesto la verdad y la importancia extraordinaria que tenía para sus posesiones de

Asia, adquirió del mercado cuantas acciones se presentaron á la venta sin regatear su precio, y hoy, si no en su totalidad, en su mayoría son valores ingleses. El protectorado que actualmente ejerce Inglaterra en Egipto es altísimamente beneficioso para ese pueblo y de una gran enseñanza universal. Enormes trabajos hidráulicos retienen el Nilo y lo vierten en sus resacas y antes estériles riberas, transformándolas en tierras fertilísimas que hacen honor á la Ingeniería inglesa. Estas demostraciones afirman nuestra opinión de que los inconvenientes que se tienen por insuperables pueden un día ser resueltos. Si consiguen que las aguas del Nilo, en vez de verterse en el mar, vayan á fecundizar desiertos arenosos como el de Libia, transformándolos en hermosas vegas, Inglaterra habrá conseguido la felicidad del Egipto y la Humanidad recibe un inmenso bien como fuente de producción y como modelo de enseñanzas. Siempre tendremos que exclamar, llenos de admiración y de respetos: ¡Benditos sean los frutos de la Inteligencia y del Trabajo, fuentes inagotables de todo bien! Convencidos estamos de que lo que venimos asentando respecto á las vías de

comunicación será un hecho, no tan lejano como le suponemos.

Enlazar las líneas que afluyan al istmo de Suez con el Transiberiano ó bien con las del Centro de Europa por el Asia Menor en Constantinopla y también con las que más tarde se construyan por las costas de los Golfos Pérsico y de Omán, es muy factible, y únicamente espera su ejecución el poderoso arranque de la santa necesidad, que es la que todo lo resuelve, y será.

La parte septentrional del Africa, limitada por el Mediterráneo, es en la actualidad ocupada en su mayor parte por Francia, y la construcción de vías terrestres de comunicación del istmo de Suez con el Estrecho de Gibraltar no será de las que más se hagan esperar, y gran parte de los productos comerciales y viajes que hoy se hacen por mar irán á nutrir el comercio occidental del Antiguo Mundo. Entonces España puede y debe ser lugar obligado de paso para el Oriente, y podrá ser visitada en racional consorcio con toda la parte norte del Continente Africano. Esta costa marítima, que es la más accidentada en golfos y ensenadas, tiene una extensión longitudinal aproximada á 3.500 kilómetros, y en

su gran superficie se hace actualmente una explotación agrícola muy racional, resultado de la cultura francesa. Allí los emigrantes españoles viven y se reproducen como en lugar propio que reúne todas las condiciones de clima y vegetación, confirmando la suposición de que un día se forme allí un pueblo semi-indígena que con el impulso de la cultura recibida pueda hacer honor á la colonización francesa. Es un hecho que la mayor parte de la colonia está cruzada por ferrocarriles, y lo que venimos asentando es cosa de muy poco esfuerzo el que por una parte enlacen con el Estrecho de Gibraltar y por el otro con las bocas del Nilo.

El comercio y la industria perforarán las dificultades que expuestas por nosotros de manera tan sencilla, y sin pretensión alguna, llegarán á ser un hecho, que no porque nosotros no le alcancemos, se puede olvidar que un sentimiento nacional nos impone la obligación de pensar, ejecutar y atender todo cuanto nuestros deberes futuros nos imponen. El egoísmo punible y la indiferencia serían gravísimos males.

De todas estas consideraciones generales sobre el Continente de África, venimos á sacar las

conclusiones de que toda la costa occidental, sus vías terrestres, tendrán necesariamente que desembocar en el Estrecho. A las líneas occidentales habrán de concurrir las fuerzas comerciales del África Austral Oriental, en la forma que la industria humana encuentre apropiada. El gran centro del Continente tendrá también que buscar sus vías comerciales de salida que, como sea, necesitarán terminar en el Estrecho, por igual razón en su mayoría. Allí confluirán las de la región argelina y oranesa, y por ellas el contingente comercial que se derive de toda la parte oriental del África, del Asia y de la Oceanía.

Resulta, pues, que el Continente Africano se halla situado entre los 36° de latitud Norte, y 34° aproximadamente de latitud Sur, y refiriéndonos al Meridiano de París entre los 58° de longitud oriental y 20° de la occidental; es decir, ocupando toda la zona tórrida en su mayor extensión y alcanzando las zonas templadas más en la parte Norte que en la del Sur.

Que el Mediterráneo le separa de Europa en toda la parte septentrional, y que el Estrecho de Gibraltar, unión del Atlántico y del Mediterráneo, es la parte más angosta y reducida que las

separa. Que Africa viene á tener aproximadamente un perímetro de 27.000 kilómetros y una extensión de 30.000.000 de kilómetros cuadrados, ó sea tres veces la de Europa. Que los desiertos ocupan una tercera parte. Sus lagos, unos 200.000 kilómetros cuadrados. Que tiene ríos como el Nilo, Congo, Nijer y Zambeza, de cuencas de cerca de un millón de kilómetros cuadrados el que menos, y el que más, de tres y medio millones; que éstos tienen un curso de 2.500 kilómetros el más corto y de 5.500 el mayor.

Cada una de esas cuencas tiene por sí solas, como la del Nijer, una extensión casi tan grande como la mitad de Europa.

En sus cordilleras hay picos como el Kilima-Ndjaró, de más de 6.000 metros de elevación; el Kenia, en la parte oriental, de 5.500; el Ruvenzori, en la austral, de 5.000, y en el Atlas, parte de Marruecos, el Agashim, de 4.300, y el Tisi-Sikumpt, de más de 4.000.

Todo esto nos permite pensar, que el día que Europa sea la dueña del Continente Africano, con cordilleras tan próximas como el Atlas, se encontrarán lugares apropiados para convertir-

los en fuentes de riqueza y mansiones de recreo. Aquende el Estrecho, Sierra Nevada con las bellezas que encierra, y al otro lado la gran cordillera referida con todo el cortejo de maravillas que suponen, montañas situadas en una zona tan cálida. Las fuerzas y energías industriales y comerciales de tan poderosos medios naturales, pueden alimentar una gran actividad. La Humanidad obtendrá un gran bien el día que explote esas ocultas fuentes de riqueza y las ponga en circulación. Esos desiertos arenosos, hoy tan temidos, acaso pueda transformarlos en veneros de riqueza, y no lo tengamos por imposible lo que no sabemos hacer, porque los venenos, que matan, la ciencia los ha convertido en consoladores remedios, y lo difícil de hoy mañana es fácil y sencillo. La inteligencia, al servicio de las necesidades humanas, ha resuelto problemas tenidos por insuperables. La cuestión está en saber interrogar á la Naturaleza, que ella, generosa, ofrece siempre abundantes y pródigas satisfacciones, y las oraciones del estudio y del trabajo jamás fueron estériles.

Esta misma fe tenemos en las consideraciones

que respecto al litoral marroquí venimos haciendo, y acaso, después de la toma de Granada, este es el problema de más vital interés nacional que en tal orden de cosas se ha planteado para España; todo es cuestión de estudio y de razonado convencimiento.



CAPÍTULO XI

Los intereses universales y españoles.

El problema de Marruecos, así enunciado, es limitadísimo. Parece que únicamente se trata de ese pedazo de Africa. Si así fuese y su valor no alcanzase mayor importancia de la que tiene, no merecería la pena de hacer sacrificio alguno por nuestra parte. Romperíamos la pluma y nada diríamos. No es eso. La Humanidad entera toma buena cuenta del asunto y no pierde de vista la gran atención que le merece el llamado problema de Marruecos, cuando realmente lo es del Estrecho de Gibraltar, como punto de paso obligado para la explotación del Africa, y precisa tener muy en cuenta quién es el que toma posesión de territorios que han de tener un cierto asomo de carácter neutral para que sean posibles los ulteriores desarrollos. No

es asunto que pueda caer en la indiferencia internacional. Procuran entregarlo á quien pueda organizar el mantenimiento del derecho y garantice la paz sin futuros peligros.

Nadie en mejores condiciones y consideraciones de todo orden que España, y aunque más allá del Estrecho el problema siga en pie, ya no es de tan gran transcendencia, aun cuando no dejará de ofrecer grandes dificultades su resolución. Entiéndase bien que hablamos por cuenta propia.

La colocación y dominio de España en Marruecos, comprendiendo el Estrecho, es de interés universal. Los pueblos sajones tienen muchísima razón al sostener con su natural tesón que la Autoridad que se establezca allí sea la de mejores derechos. Además, que dé facilidades á las futuras explotaciones que se deriven del trabajo de aquellos pueblos que se establezcan en el Continente Africano y les convenga su salida por los dominios del Estrecho. Las posesiones de la gran familia sajona, hoy de importancia, tendrán que serlo mayores aún por ser las más necesitadas de expansión, y es de interés vital para ella la distribución que se hace de esa herencia continental que actual-

mente se halla *pro-indiviso* en una gran parte.

Inglaterra y los pueblos afines á la misma no separan su atención del problema, porque, con gran perspicacia, entienden que un gran poder bélico, colocado en el Estrecho, podría ser un obstáculo insuperable y acaso motivo de una perturbación universal de consecuencias muy tristes para la Humanidad. Inglaterra es dominadora, actualmente, de los más ricos territorios africanos; pero avaloran su precio de estimación el genio emprendedor de esa raza, que á los golpes de la asiduidad y del trabajo hace fecundo cuanto posee, engendrando riqueza y levantando pueblos poderosos al amparo de un firme y amplísimo derecho. Inglaterra, decimos, y los pueblos afines á la misma, cuidan con gran celo cuanto á los dominios del Estrecho tiene relación porque vislumbran con clarividencia lo que significa tan importante cuestión.

Los pueblos latinos deberían tener el mayor interés en que los allí colocados no fuese otra que España. Acaso ambiciones parciales de los mismos lo hubiesen ya realizado, si temores de mayor peligro no detuviesen deseos y anhelos al conseguirlo. Olvidan, quizá, que las

cuestiones planteadas por la misma Geografía se resuelven siempre en ese conjunto de fuerzas coincidentes, por la resultante que determina el peso de todas ellas. En la imposibilidad de perturbar el equilibrio quedan anuladas y la fuerza de ese derecho se decide en favor de los intereses de España. No pueden prevalecer, decimos, porque si así fuese, la solución final tendría aún la incógnita de nuestra posición geográfica dentro de la Península, que aún sería de más difícil solución internacional.

Coinciden, pues, alrededor del problema planteado intereses muy poderosos que mantienen en equilibrio los deseos de muchos; imposibilitados por sí mismos de resolver de manera conveniente á sus particulares intereses. Por coincidencias especiales de los tiempos, abonan y apoyan nuestros derechos los más potentes mantenedores del estado actual de las cosas internacionales.

Los pueblos sajones necesitan desenvolver su industria en los mercados mundiales, y como su actividad crece en proporción equivalente á su gran cultura, necesitan abrirse paso en febril competencia con todos los demás pueblos del

planeta, donde están consiguiendo un éxito envidiable en presentación, baratura y bondad. Actualmente libran una verdadera batalla fabril y comercial que pone en inminente peligro el de otros países que tradicionalmente venían sosteniendo en el mundo la hegemonía, y de tal manera empujan, que lentamente les van arrebatando hasta los propios mercados nacionales y de sus colonias. Hay planteada una lucha temible en el mundo de los mercados por las grandes entidades de los pueblos, y el fuego arrecia en tal forma que puede llegar á comprometer hasta la existencia del pueblo vencido. La Humanidad tiende á perfeccionar sus elementos de vida, y al mismo tiempo que recibe la mercancía de los países adelantados, aquéllos se truecan en productores y competidores del mercado originario, y allá nueva lucha acalora los cerebros industriales y nuevas creaciones vienen á sustituir la oferta agotada é innecesaria.

Los demás países no pueden permanecer ociosos en esa desenfrenada carrera, y todo nuevo mercado es terreno de conquista que hay que acapararlo por cuantos medios pueda utilizar el ingenio humano. El conseguir clientela supone

un éxito que no se lo dejará arrebatarse fácilmente su proveedor y estudiará con verdadero afán sus más triviales necesidades para tenerle propicio á que sea su constante consumidor. Esto mismo está sucediendo actualmente en Marruecos, y la conquista mercantil, que es conquista de paz, convertirá en dueño de hecho al que acapare su mercado.

España no puede permanecer indiferente y ociosa en esa cuestión así planteada por los mismos hechos, sino que tiene que acudir á la lid con verdadera decisión. Ningún otro país será tan bien recibido como nosotros en aquella plaza por las circunstancias apuntadas; pero no podemos confiar del todo en ellas, sino fomentarlas y aprovechar esa buena predisposición. Nuestra industria recibirá nuevos bríos si se la pone en condiciones legales para que pueda competir, y en América misma podríamos ser un concurrente envidiable si la cuestión fuese atendida con inteligencia. Acaso se nos argumente que somos débiles para esa lucha universal, pero eso es una lamentable equivocación, porque la actividad humana, en todas sus formas, lleva la característica del pueblo que la

produce, que la imprime su genio y sus modos de ser, y eso no admite competencia; esto, aparte de que también tenemos productos propios de nuestro suelo que, transformados y preparados en forma conveniente, podrían ocupar su cuartel en el mercado universal.

El mundo comercial, menos nosotros, es hoy dueño del mercado americano por falta de un estudio serio del pueblo español que, desconfiando de sus propias energías, se ha considerado incapaz para llevar allí nuestra acometividad comercial, cuando lo más florido de los negocios americanos está en manos de españoles emigrados, que tienen que surtirse de pueblos extraños al nuestro porque aquí no hallan más que dificultades insuperables en el comerciante y en las redes de acero de nuestra vieja Administración.

La conquista de Africa será hecha por las mercancías que lentamente llevarán energías de derecho y afinaciones del sentimiento, que se afirmarán á medida que los martillazos de la civilización ensanchen sus mercados. El obrero europeo hará mucho más por la cultura del Continente Africano que las balas de los más poderosos Ejércitos de la tierra.

Por honor nacional tenemos que abrir las puertas á nuestra industria y comercio allí para conseguir mercado y para fortalecernos con la lucha de la competencia, haciéndonos más hábiles en la producción, más duros en resistir y más calculistas en la oferta.

En este orden de consideraciones apoyamos nuestra idea de que la mal llamada cuestión de Marruecos es eminentemente universal.

Nos explicaremos: decimos mal llamada de Marruecos, porque en buena lógica debería ser llamada cuestión entablada por Europa para su entrada en Africa, pues ésta y no otra es la resultante final.

Quizá en la larga Historia de España no se le haya presentado problema tan transcendental para su independencia y para su porvenir.

El solo hecho de que sean españoles los lugares donde tengan su depósito los productos comerciales de ambos Continentes, son demasiada razón para que seamos uno de los concurrentes que mayores ventajas obtengamos en las futuras explotaciones que se realicen, motivo de un esplendoroso porvenir para España.

Cuando los enemigos de nuestra acción en

Marruecos argumentan que aquel suelo es estéril, hacen una afirmación gratuita, sin pensar que aunque aquello fuese un pedazo de desierto arenoso, no es en la producción del terreno donde está el gran secreto, sino en la posición geográfica que ocupa. Basta con que sobre aquel solar se puedan colocar los rieles del tren y los cimientos de almacenes que cobijen las mercancías de cruce intercontinental, para que esto merezca, por sí mismo, la más alta consideración del pueblo español.

No es excitar á la conquista; es llamar honradamente la atención sobre una cosa que salta á la luz meridiana del que piense un poco y se tome la molestia de coger un planisferio y le mire con algún interés.

Produce verdadera amargura que todo esto no lo vea nuestra opinión pública. Que los encargados de formarla no provoquen el amor y el entusiasmo que tanto nos interesa levantar sobre asunto de tanta importancia. Vemos una rebeldía suicida á cuanto se relaciona con el asunto de Marruecos. No se ha presentado á la conciencia nacional á la altura que tiene, y anda descarriada y sin alientos, falta de

fe, porque no se la orienta bien, conforme á las circunstancias.

Por mal dirigida se la hace enemiga de sus máspreciados intereses, y sobre lo más sagrado de la Patria prevalecen las mezquinas rencillas de partido y de escuela. Así no se sirve el interés nacional ni se le engrandece; hay que levantar las ideas sobre más elevados horizontes, porque sólo así han conseguido los pueblos poderosos alcanzar los grandes desarrollos de sus energías.

La opinión francesa tiene más clara idea que nosotros del porvenir marroquí, y eso que es más remoto el interés. De día en día, por uno ú otro motivo, ensanchan sus dominios africanos. Europa los detiene, pero constantes y asiduos en su principio nacional de conveniencia, adelantan, se detienen cuanto es preciso, pero no retroceden.

Nuestros pasos son tímidos, y es porque al país no se le ha hecho entender más que la parte dolorosa, que no lo es tanto si se penetrase bien de lo que tanto le conviene.

La Prensa contribuye, como nadie, á formar la opinión pública, y si no la dirige bien, en consonancia con los intereses nacionales, podría conducirnos á un fracaso muy lamentable.

Por fortuna, al problema de Marruecos se le va mirando con mayor atención y cariño, y debemos esperar del patriotismo nunca desmentido de la verdadera generatriz del sentimiento del país que avivará el fuego sagrado de cuanto supone para España nuestra influencia en el litoral de allende el Estrecho de Gibraltar.

Siempre fué la Prensa servidora de los máspreciados intereses de la Nación, y el que nos ocupa es tan nacional, que ciertamente habrá de atenderlo, disponiendo la voluntad del país á que los mire con todo el valor que para nuestro presente y para nuestro porvenir envuelve.



CAPÍTULO XII

Actualidad comercial de España.

No es la característica de nuestro país el espíritu comercial. Ocupado toda la Edad Media en conseguir su independencia, no es mucho que la necesidad de sus guerras y luchas constantes le diesen una educación aventurera. Sin embargo, el litoral cantábrico y la zona oriental del Mediterráneo ofrecieron brías muestras de un espíritu industrial y comercial activo. En el centro de la Península esta forma del trabajo no salió de satisfacer sus necesidades locales. Dueños de América y Oceanía, algo exportábamos de lo que producíamos, pero las aventuras maravillosas de conseguir oro, tenido por la verdadera riqueza, caldearon más el cerebro de nuestros antepasados que la constante asiduidad del trabajo, que fortalece la voluntad, creando tesoros

de orden y economía. Otros explotaron aquellos veneros de riqueza y concluyeron por ser los verdaderos dominadores. La Península se despoblaba de día en día, anhelando sus emigrantes el bellocino de oro, y la pobreza y la miseria se apoderaban de todos sus habitantes, que tenían que regalar sus tesoros por los productos del trabajo y de la industria que otros más expertos nos ofrecían. La expulsión de los judíos fué un rudo golpe á la riqueza y á la cultura nacional que fecundizaron al país que les ofreció su hospitalidad. La expulsión de los moriscos ahogó súbitamente la Industria, la Agricultura y el Comercio, que hasta ellos fueron florecientes y ricos. Continuó la despoblación para nutrir las colonias y dejaron por completo, olvidados y ciegos, los verdaderos veneros de riqueza que ofrece la explotación racional de nuestros tesoros naturales del suelo, tanto agrícolas como minerales. Una incuria desesperante y una falta de estabilidad en nuestros negocios públicos ha desviado la actividad nacional de la cultura pública, y nada se ha hecho por estimular la capacidad industrial y fabril de la nación, que sólo puede prender y robustecerse en la inteli-

gencia general, preparándola para ello. La Agricultura, completamente abandonada casi toda la última centuria, parece que anhela despertar; pero confesamos que no tenemos fe en ella si la fecunda labor del maestro de escuela no la antecede y la vida pública, serenándose en más puras orientaciones, no va resuelta y honradamente á esta solución, que lo es de todas las demás.

Bastante más de un siglo llevamos nutriendo las industrias extranjeras con nuestras riquezas minerales; tenemos miedo á que si algún día aparecen, como ya se dibujan, industrias que necesiten alimentarse de ellas, hayan agotado esos preciados depósitos. La industria y el comercio de nuestro país han vivido más de la protección y del privilegio que de sus propias energías. No se han robustecido por la lucha y la concurrencia. Nuestros mercados han sido las colonias, y perdidas aquéllas no soportan los rigores de la concurrencia mundial. Hay anemia fabril, industrial y comercial. Los vehementes deseos de retoñar no encuentran en la vida pública ambiente apropiado para su desarrollo. Por todas partes aparecen energías, pero no bien se mani-

fiestan, el Fisco las atolondra y sumerge. Además, esas formas de la actividad humana necesitan su preparación, tanto de inteligencia y buena fe, cuanto de capitales que las engendren, y con eso no contamos.

Nosotros hemos salido del siglo XIX como los grandes señores arruinados de casa solariega, y así vemos tanto fiasco industrial y comercial en las nuevas apariciones, porque el que aporta capital no aporta inteligencia, y el que aporta ésta no suele serlo más que empíricamente, sin la debida preparación. Lamentamos las caídas y nos apenan, pero la experiencia es hija del dolor y estamos convencidos de que de ahí han de surgir industrias fuertes y duras que resistan la competencia. Nuestro mercado exterior, como productores del trabajo, es mezquino, y su mayor contingente lo ofrecen los productos naturales. Las mejores y principales explotaciones del país son extranjeras, y gracias á ellas tenemos algo, aunque no sea lo más escogido.

Es cierto que nos explotan, pero resultan nuestros maestros, y la capacidad nacional se va percatando, aunque lentamente, del valor del trabajo, y esfuerzos propios van creando hábi-

tos industriales y comerciales que importa mucho á la Dirección del Estado atenderlos y estimularlos con medidas de buen gobierno, encauzando y facilitando su expansión al mercado mundial. Este aspecto de la vida activa del comercio y de la industria nacional están completamente abandonados, y no hay maneras de romper el dique infernal de la Administración pública, quisquillosa, desconfiada y difícilísima de salvar, por no decir imposible. No se hace un estudio serio como reclaman las necesidades del país, y urge afrontarlo con verdadera decisión si no queremos concluir con lo poco que producimos. Trabas en las fronteras de entrada; más, muchas más en las de salida; dificultades en el interior; precios de transporte descabellados; desorganización y falta de plan en las tarifas de Aduanas, y de tal manera se ofrece la realidad, que es abrumadora y fatiga la voluntad más resuelta y animosa. La vida del país reclama, como una necesidad apremiante para salir de tal estado de cosas, una atención excepcional, que sólo pueden resolverla los hombres de buena voluntad y de clara inteligencia, que no escasean, afortunadamente, en nuestras

clases mercantiles é industriales, y ellos, mejor que nadie, pueden orientar al país en la dirección de su mejor desenvolvimiento.

Agobia el ánimo pensar que á nuestras escasas posesiones libres de Ultramar no puede llegar un producto español en precios aproximados á los que por los mismos ofrece cualquier otro país, porque no devolviendo los enormes derechos de importación de que se alimenta nuestra principal industria, resultamos, en la mayoría de los casos, excluidos del mercado de nuestras mismas posesiones, donde se gasta la fortuna del país en el mantenimiento del orden. Este es un absurdo administrativo de tal monta, que la irritación se trueca en vergüenza.

Las conquistas modernas lo son de productos comerciales y así lo venimos afirmando desde el principio de este trabajo: nuestra entrada en Marruecos sería más eficaz facilitando y haciendo posible nuestro comercio con los naturales que arrojando balas; esto desespera y aquéllo halaga y establece corrientes de afecto y simpatía; la guerra empobrece al país que la sostiene; el comercio vigoriza y enriquece á los pueblos que lo realizan; la lucha es amargura,

fuente de dolor; el comercio es alegría de conseguir lo que apetecemos, consuelo de un bien deseado y satisfecho; la guerra es el infierno de las iras que se ciernen sobre los errores humanos y el comercio es el fruto de la paz que abraza á los hombres estableciendo la fraternidad universal; en fin, la guerra es una maldición y el fruto del comercio una plegaria.

Es muchísimo más fácil al país estudiar un buen plan comercial é industrial que nos ponga en aptitud de concurrir á cubrir las necesidades marroquíes, que aquella clase de costosos esfuerzos de hombres y dinero que con tanto sacrificio podemos ofrecer; y finalmente, si es que los hacemos, llevemos los frutos de la paz para que de algún modo nos remuneren.

Lo verdaderamente práctico es un estudio detenido de las necesidades del consumidor y hacerle posible su adquisición. Fomentar el consumo del cliente, haciéndole ver ventajas en la adquisición de algo que desconoce, y que, mejorándole, sienta apetencia por el nuevo producto. Conseguir del consumidor que su esfuerzo sea materia útil para la adquisición de nuestros productos, y si es posible, nueva forma

de nutrir el comercio de retorno: cambio de productos. En suma, que sea cliente y amigo del pueblo que le surta, que no se hará entonces esperar el que, vislumbrando las hermosuras de la paz y de la concordia, concluya por ser un colaborador de la obra del progreso. Para esto, ningún pueblo reúne condiciones étnicas como el español. ¡Quiera el Cielo que saquemos de ello el fruto á que tenemos derecho!



CAPÍTULO XIII

Política comercial.

El comercio es á la sociedad como la circulación de la sangre á la vida animal. Un comercio activo y fácil corresponde á una sociedad vigorosa en medios económicos y de cultura para su pleno desarrollo. Si, por el contrario, es perezoso y torpe, acusa que hay carencia de energía y pocos alientos. Las fuerzas directoras de toda organización política marcan la dirección que la imprimen, los elementos económicos que la integran. En tal sentido, afirmamos que como el medio social nuestro no está oxigenado por una amplísima cultura, el comercio que le nutre es perezoso y negligente cual corresponde á una inteligencia cuyo horizonte de acción es muy limitado. Por esta razón el gran comercio mundial no es nuestro mercado, falta una acción vi-

gorosa que rompa los obstáculos insuperables con que nuestra Administración pública entorpece la circulación de la vida comercial fuera del radio nacional. La gran necesidad del medio de expansión no está fuertemente sentida, y como el quejido del dolor no llama cual debe la atención de los Gobiernos, los cuales, á su vez, permanecen inactivos, resulta que el comercio, limitado y torpe en el interior, viene á ser nulo casi en el mercado exterior, puesto que las operaciones principales que hacemos es porque el comercio extranjero acude á proponérselo á nuestra propia casa. Así, pues, si el Comercio y la Industria española no se organizan debidamente y toman medidas para su desarrollo exterior, no será mucho que la obra política del Estado y del Ejército en Marruecos no sea lo fecunda que debiera ser. No hay Gobierno que resista á la petición de la justicia debidamente expuesta y apoyada por las fuerzas vivas de un país. Los Gobiernos son á imagen y semejanza de los pueblos. Urge, pues, como necesidad perentoria que por movimiento propio se organicen la Industria y la Agricultura y el Comercio, proponiendo escuetamente la verdadera situación de sus necesidades, no sólo para

la indicación de las medidas precisas y convenientes que hay que reglamentar, sino para hacer por sí mismos estudios del mercado exterior y las estadísticas comerciales, á fin de que el Estado pueda orientarse al dictar las posibles medidas de éxito. Perezosa y difícil es nuestra Administración, pero es porque también lo es el medio social que rige. La negligencia y la apatía comercial entre nosotros es deprimente y desesperante, yo no sé si por ignorancia ó por decaimiento. Si es lo primero, hay que llevar al convencimiento de las clases interesadas que las luchas mercantiles del día son luchas de educación y de cultura, y que con las tinieblas del desconocimiento de las causas por que se rige el comercio no hay éxito posible. Si es por decaimiento y falta de fe, entonces nadie tiene derecho á quejarse de su propio abandono, porque si al emprender un negocio empieza el iniciador por carecer de alientos, tén-gase, desde luego, por un soldado rendido antes de entrar en batalla. Grande es la responsabilidad de los Gobiernos si no imprimen buena dirección á las exigencias activas de la Nación, pero mucha mayor es la de estas fuerzas sociales si no les secundan y excitan, marcándoles el rumbo de sus

aspiraciones. Nuestro comercio necesita expansión, y, por desgracia, sus anhelos tienen un radio de acción muy limitado. Conviene tener en cuenta que la actividad mercantil está íntimamente ligada á las fuentes productoras del país, y la propiedad territorial está acaparada por elementos que la sustraen á la explotación que podrían alimentar brazos emigrantes que van á fecundizar suelos extraños. Urge una renovación moral y legal en todos, á fin de nutrir esa población que tanto importa retener, no con medidas coercitivas, sino procurándole medios apropiados para que por su propio esfuerzo consiga llenar sus necesidades y aspiraciones; que aquel que se aleja de su Patria por carencia de medios para vivir, son muchos los dolores y las amarguras que tiene que acallar antes de decidirse á renunciar á perder para siempre el hogar donde naciera.

Cultura y educación moral en los de arriba y en los de abajo ponen fin á tanta negrura como se proyecta sobre el fondo social. Un poco por parte de todos, y el problema se trocaría en dulces y fraternales relaciones.

Cuando examinamos con detenimiento nuestra poca actividad comercial y el escaso des-

arrollo fabril, nuestra mirada se dirige á la escuela pública, mal tenida, mal dirigida y casi des poblada donde la hay, y en seguida miramos á los campos, incapacitados para nutrir todo movimiento de mercancías porque sus escasos moradores no saben ni pueden saber producir las, y es que la inteligencia, educada y preparada, es la única que puede poner en circulación las riquezas que reposan en la Naturaleza, porque también es el medio único de que las proyecciones de la verdad y de la ciencia las puedan solicitar y ponerlas al servicio de la sociedad, originando las industrias y el comercio como natural secuela.

Grandes, muy grandes servicios pueden ofrecer á la Patria el talento de la Diplomacia y los esfuerzos del Ejército, pero si no concurrimos con nuestras fuerzas económicas en forma apropiada, todo sacrificio será estéril. El país entero, sin distinción de clases, pero muy especialmente el comerciante, debe poner su mirada y *exigir* sin reposo á la Dirección Política que formule y regule esas necesidades, para que allá donde tenemos posibilidad de abrir puertas á los negocios de la actividad nacional podamos ofrecerlos en honrada lucha. La forma débil de pedir excusa

la necesidad de dar, y cuando los aldabonazos de la razón expuesta sean tales que alejen el reposo del que ha de ceder, éste, al fin, abrirá los ojos convencido de que tiene necesidad de atender y hacer lo que es de justicia. Hay que pensar en que no sólo el profundo convencimiento de un deber reclama del comercio español ese necesario movimiento de avance, sino que el mundo nos mira, y de nuestro modo de conducirnos, despertando de un pasado enervante, depende nuestro crédito.

Es cierto que el país no está preparado para esas grandes luchas de mercados, pero también lo es que una Administración pública vieja é inadecuada cierra la posibilidad de que prevalezcan aquellos espíritus animosos que pudieran iniciarse, y aquí de la inminente urgencia que Política y Comercio abran relaciones íntimas de concordia para que, limando las cadenas que cierran el paso, ambos hagan una obra nacional de bien común y para que nuestras mercancías puedan llegar á todos los mercados del mundo, pero muy especialmente allende el Estrecho, donde á las contiendas de las armas y arreglos internacionales sean secundados por las satisfacciones del Comercio, que siempre lo son de paz.

Dos grandes efectos pueden y deben resultar de esa labor. Una, eminentemente educativa, sacando de sus viejas rutinas á nuestro comercio y á nuestra industria, que bien lo necesitan. Otra, gran desarrollo de trabajo, que contribuiría á enriquecer al país y á nutrir la Hacienda pública con nuevas fuentes de ingresos, reteniendo brazos que huyen amedrentados por la miseria.

Los deberes y obligaciones del Ejército y los del Estado, como persona jurídica internacional, están cumplidos hasta hoy con honrosísima satisfacción y honor de la Patria; pero el Estado Administrativo y el Comercio é Industria nacional son ahora los obligados á cumplir un altísimo deber patrio que no admite dilación. El uno, allanándose á remover obstáculos inveterados y á ofrecer facilidades para que las transacciones con Marruecos y con el exterior puedan realizarse. El otro, organizándose debidamente para que, sintetizadas sus aspiraciones, puedan condensarse y recibir la forma legal en conformidad con sus mutuos intereses.

Cuando esa labor esté realizada, sus beneficios efectos no se harán esperar, con ventaja para todos. Hasta entonces no podremos decir

que España ha hecho la verdadera conquista, sino la mera *tenencia* de una cosa que nos produce un gasto más á la Nación, sin recabar beneficio alguno para la misma.

Hay más; nuestro capital, tímido y medroso, cuando vea que los negocios rinden beneficios, se lanzará á ellos y no permanecerá inactivo y ocioso.

La *seguridad* y el *rendimiento* son factores que permiten la confianza, y cuando un negocio vive del favor del Estado y no de sus propias energías, parece tan luego como le falta el apoyo, mientras que aquellas empresas que tienen por fundamento el cálculo y la inteligencia aplicada, adquieren robustez por sus propias energías y reciben la confianza de verdadero valor mercantil: la del *crédito*, que engendra su propia seriedad y trabajo.

A eso deben tender Estado y Comercio unidos: á proporcionar modos de que la actividad comercial se desenvuelva por sí misma, sin otra ayuda que la regla jurídica que le permita su más amplio desarrollo.

Las conquistas del día lo son mucho más de cuestiones de comercio que de posesión de te-

rritorios, y tanto más firme y duradera será la adquisición, cuanto más se compenetren y alimenten por medio de estas relaciones económicas. Además, si no concurrimos comercialmente, seremos un factor cero, que no tendremos valor en la suma de las fuerzas con que á Marruecos y á toda el Africa concurren los demás países, y entonces desapareceremos insensiblemente de entre los que trabajan y producen.

No es, pues, la labor que apuntamos de las que pueden quedar desatendidas, sino muy estudiada por el Estado, por la Industria y el Comercio, por ser obra económica, y, por tanto, de las esenciales para la vida, sino que envuelve también una labor eminentemente nacional y patriótica.



CAPÍTULO XIV

España y Marruecos.—Relaciones y comunicaciones entre ambos países.

Aflige el ánimo pensar que estando Marruecos á una distancia casi nula de nuestras costas nos sea menos conocido que las del otro lado del Atlántico. Esto supone un descuido lamentable respecto de nuestros más preciados intereses. Aun hoy, que el país se va dando cuenta del asunto, los medios de comunicación no nos dan las facilidades suficientes para que tal fenómeno social se realice. Al otro lado del Estrecho no ha prendido el interés nacional con el arraigo debido. No se hallan establecidas todas las atracciones comerciales ni de afectos para que lazos y corrientes de simpatías nos diesen facilidades altamente necesarias. A tiro de honda están de nuestras costas las de Marruecos, y hasta los niños de la escuela hablan con más conocimiento

de nuestras antípodas de Nueva Zelanda que de las regiones marroquíes, cuando, después del conocimiento de las provincias españolas, aquél debía ser el mapa inmediato que con profundo interés se hiciese estudiar y conocer. Hablamos de nuestras posesiones africanas con terrores de presidios. ¡*Melilla!* ¡*Ceuta!* se pronuncian con medrosa idea de pena y de tortura inquisitorial. En vez de crear allí motivos de atracción y simpatía que abrazasen á los dos pueblos, con mercados, hoteles, formas de unión, estableciendo comunicaciones baratas, constantes y rápidas, hemos puesto la hoga de delincuencia. ¡Un error más!

Bueno es que, por fortuna, la opinión pública se vaya dando cuenta de lo que le conviene y por el medio que sea remedie las equivocaciones sufridas.

En el interés de todos está en que nuestras lindantes costas andaluzas hagan al otro lado del Estrecho lugar de constante trato; que se den medios fáciles para que los moros puedan visitarnos y ser visitados, que mucho más fuertes son las conquistas del roce comercial que las que necesitan ser cicatrizadas como hijas del dolor.

Una buena política económica pondría su mayor empeño en esta clase de medios, en los que tenemos mucha más fe que en los de la fuerza: por ser más humanos, por ser más permanentes y porque á su vez, aun llevados al derroche, son muchísimo más baratos.

Hacerles agradable á los moros la estancia en España, sobre todo en la frontera del Estrecho y en toda Andalucía, que es su último recuerdo, y estableciendo allende algo que fuere motivo de simpatía y afecto para unos y otros sería de interés altamente nacional, y no es asunto que ni en política, ni en cuestiones de cultura, ni comercial é industrialmente debemos olvidarlo.

Nuestros medios actuales de comunicación son deprimentes é irrisorios: este es el mejor gasto que debe figurar en nuestros Presupuestos de Gastos como reproductivo en alto grado.

El estudio de la Geografía marroquí debe ser el segundo en el orden de los conocimientos generales de nuestra educación.

Acerca de lo expuesto en este modesto trabajo, al tiempo le dejaremos la palabra; es cierto que reformas interiores de hondo interés nacional tienen que sacudir fuertemente el estado de nues-

tra riqueza territorial, que en su mayoría ociosa, nos empobrece á todos y empuja á la expatriación; que reformas de otro orden económico, tributario y social tienen cristalizada la actividad del país y anulados el comercio y la industria, que son los vehiculos de la riqueza patria; pero confiamos en que los golpes de la necesidad irán derribando elementos inútiles y se impondrá la política del bien nacional, que con tan halagüeñas esperanzas vemos aparecer. Seguros estamos de que afirmando nuestra reorganización de cultura y educación al par que la económica del país, fortaleceremos la de nuestros derechos en Marruecos. A medida que lentamente vaya África cayendo en manos de los países civilizadores que la coloquen en el torrente comercial del mundo, nosotros nos iremos fortaleciendo y preparando paralelamente para que, al servir como lugar de enlace y de paso intercontinental, podamos también llegar á ser el país donde tenga su asiento quizá el centro comercial más poderoso del planeta y acaso también donde mayores desarrollos pueda tener la inteligencia humana, que el florecimiento de los bienes materiales apariciones son de los destellos del pensamiento humano, y, aun-

que sueños sean para mi Patria, los ambiciono.

La civilización y el progreso jamás interrumpen su marcha, como obedeciendo á leyes misteriosas; tras algunos instantes de alto reposo, levantan su vuelo y siguen su camino, fecundizando siempre regiones desconocidas; nunca descansan en su eterna obra bienhechora. Tan luego han realizado su altísima misión en un lugar, otra nueva labor, y otra, y otra, en continuada serie, dominan el mundo, agrandando y ennobleciendo la misión humana en todas las orientaciones del bien moral y material.

Ayer Oriente, más tarde Occidente, actualmente América y Oceanía, mañana el Africa, y cuando se haga la Humanidad señora del planeta, aún tendrá el inmenso campo de su inteligencia, que penetrando en la marcha de la Naturaleza, podrá, en sus maravillosos campos, hacer conquistas mucho mayores que las que pueda realizar en la superficie del mundo que habitamos; colaboremos todos en esa santa labor de comercio inagotable.

FIN



EXPLICACION DE LOS MAPAS

QUE ACOMPAÑAN AL LIBRO

Publicamos un planisferio y un mapa de África. Las líneas que van señaladas con tinta roja son las supuestas vías futuras que habrán de realizarse para servicios comerciales y de transporte.

Tiene por objeto el planisferio hacer visible las grandes líneas que desde las generales que se tracen del Continente Africano pueden enlazar con las de Europa. Por España, uniéndose con las centrales europeas hasta enlazar con la del Transiberiano, que seguramente se prolongará hasta el Estrecho de Bering, uniéndose por este medio con las líneas que cruzan el Continente Americano.

Por el istmo de Suez, enlazando con la red de ferrocarriles de Turquía, se podrá hacer el viaje casi directo desde París, Viena, Constantinopla al Cairo y Cabo de Buena Esperanza. También podrá hacerse, cuando se construyan, enlazando las que salgan por el istmo de Suez hasta las bocas del Eufrates y Tigris, siguiendo las costas del Golfo Pérsico y mar de Omán, con la red de caminos de

la India hasta llegar á la parte más meridional de la península de Malaca, poniendo en comunicación casi directa con las grandes islas occidentales de Oceanía.

Los viajes de Fernando Póo, Santo Tomás y los de la América Meridional, desde el Cabo de San Roque, en su parte más oriental, podrían ser de muy pocos días de navegación, que, enlazando con la futura red africana, los pondrá en comunicación con todos los ferrocarriles del Viejo Mundo.



EL MAPA GENERAL DE AFRICA

Como la mayor extensión del África es la costa occidental, suponemos que las grandes líneas que la crucen entrarán, para enlazar con los ferrocarriles europeos, por el Estrecho de Gibraltar. Debemos pensar que á esas grandes líneas occidentales irán á enlazar como más corta distancia las de la costa occidental del África Austral, arrastrando gran parte de los negocios de todo ese gran ángulo continental, incluso los de la gran isla de Madagascar. Cabe presentir que un día se hagan desembarcos en el Cabo de Guardafuí, enlazando con las vías férreas que pueden costear el Mar Rojo hasta el istmo de Suez. También desde el Cabo de Guardafuí puede unirse con el Estrecho de Gibraltar, enlazando los negocios de Oriente con los de Occidente.

No hay menos razón para suponer que las costas africanas del Mediterráneo, desde las bocas del Nilo al Estrecho de Gibraltar, sean cruzadas por ferrocarriles que enlacen con los españoles.

La Europa, en su mayor parte, al explotar el África, tendrá que utilizar los ferrocarriles españoles para enlazar con la red africana, cuya cabeza más importante será la que termine en el Estrecho.

El proyecto de un túnel submarino entre España y Marruecos no es imposible, como tampoco lo es un puente que los una.

INDICE

	<u>Págs.</u>
DEDICATORIA.....	5
PRÓLOGO.....	7
I. Estudios de carácter comercial de nuestras posesio- nes y derechos en el litoral marroquí.....	11
II. Demostración histórica.....	25
III. Cómo debemos ir á Marruecos.....	35
IV. Razones históricas y tradicionales para el porvenir de España en Marruecos.....	43
V. Nuestra acción en Marruecos.....	53
VI. Principales intereses territoriales de España en Ma- rruecos; sus obstáculos.....	63
VII. Comercio y turismo intercontinental.....	71
VIII. Las principales vías terrestres africanas enlazarán con España por el Estrecho de Gibraltar.—Costa occidental.....	81
IX. Grandes vías terrestres africanas.—Costa oriental.	89
X. Grandes vías terrestres africanas.—Costas Nordeste y Septentrional.....	97
XI. Los intereses universales y españoles.....	107

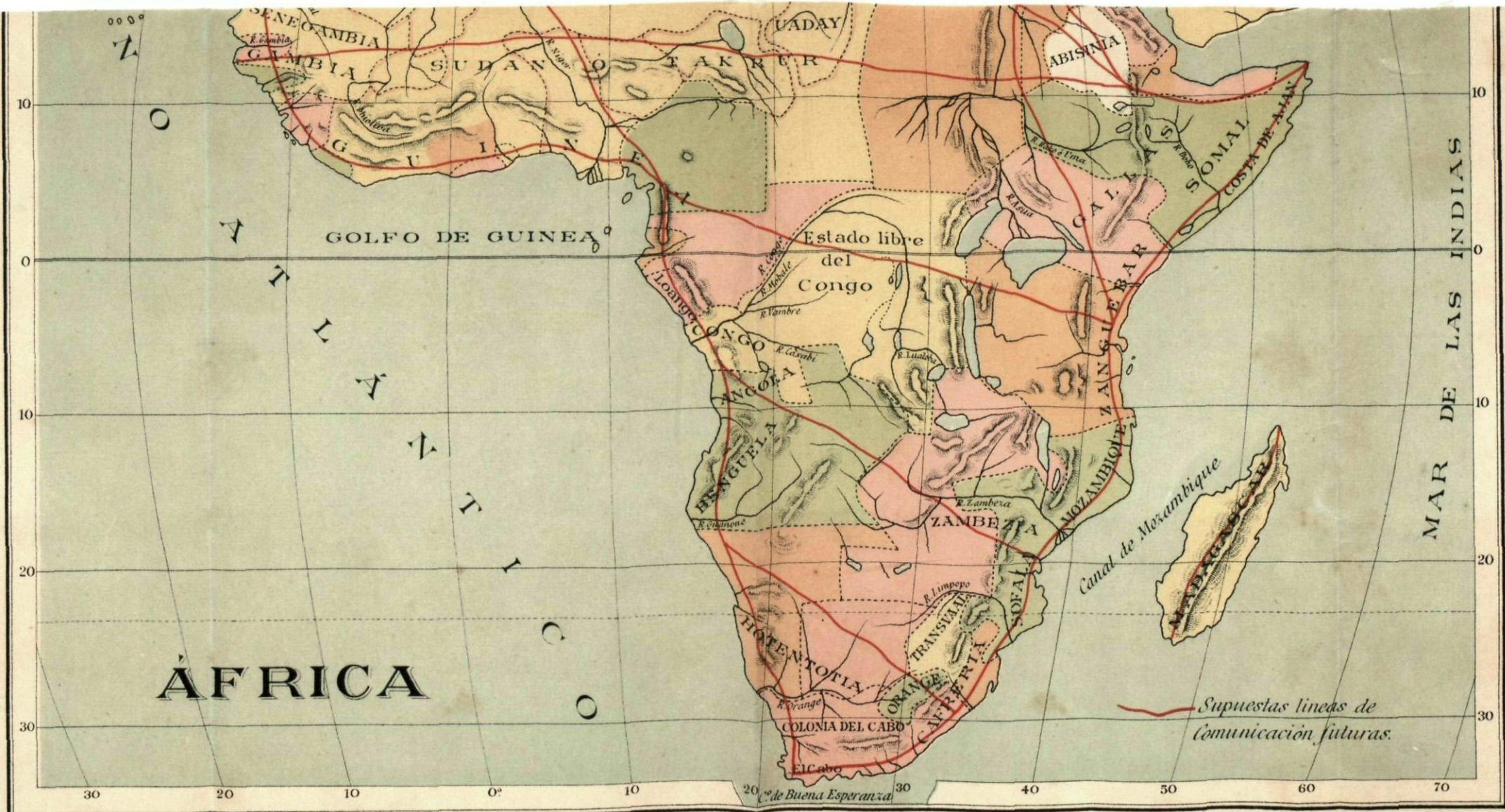
	<u>Págs.</u>
XII. Actualidad comercial de España.....	119
XIII. Política comercial.....	127
XIV. España en Marruecos.—Relaciones y comunicacio- nes entre ambos países.....	137
Explicación de los mapas que acompañan al libro.....	143
El mapa general de África.....	145

OBRA DEL MISMO AUTOR

Higiene y educación de la voluntad.—Un tomo de 186 páginas, esmeradamente impreso en papel satinado (segunda edición).

De venta en todas las librerías.

Precio: DOS pesetas.



Lit. R. Foruny Madrid.

OBRA NUEVA

La suegra de Tarquino

NOVELA DE MALAS COSTUMBRES ROMANAS

POR

JOAQUÍN BELDA



La suegra de Tarquino

es una obra festiva. La segunda edición, que acaba de publicarse, confirma la gracia inagotable y el arte exquisito con que ha sido concebida y dada á la estampa.

Se trata de un verdadero acontecimiento literario, al que acompaña el éxito unánime del público y de la crítica; su autor nos ofrece en ella las primicias de un nuevo género de novelas llamado á aclimatarse en España por la propia fuerza de su seducción. Eligiendo una época histórica, la más propicia quizá á esta clase de trabajos (los últimos años de Augusto), ha elevado sobre ella el soberbio edificio de una trama interesantísima, adornándolo con los frutos de un ingenio dislocado que obliga á suspender de continuo la lectura para dar rienda suelta á una cargada espontánea.

Las intrigas cortesanas de puritanos é innovadores, los extravíos carnales de Julia, la hija de Augusto; las sesiones del Senado, los prostíbulos de la Suburra y la desenfrenada bacanal de las Lupercales, forman el marco en que Joaquín Belda encierra el lienzo de su narración, en cuya pintura se enfrasca con un realismo y una riqueza de detalles que supera á cuanto hasta hoy ha producido la más atrevida pluma naturalista.

Con gran acierto estima el joven autor de

La suegra de Tarquino

que cuando se trata de describir la época más disoluta del mundo y los vicios de la sociedad más refinadamente perversa de esa época, sería ridículo andarse con tapujos;

ciertos temas sólo deben abordarse con plena decisión de tratarlos de un modo descarnado, y si es cierta la afirmación, tantas veces repetida, de que *desde los romanos acá nada se ha inventado en cuestiones amorosas*, obligación del narrador es presentarnos cómo practicaban el amor aquellos mortales despreocupados y gozadores.

Cuando esto se hace, no con un seco estilo erudito, sino con el ameno vehículo de la gracia y de la ironía, la obra literaria alcanza el difícil punto de acierto que supone

La suegra de Tarquino

y constituye un acontecimiento literario que hace pensar en los grandes éxitos de Eça de Queiroz y de los grandes humoristas ingleses.

La novedad principal de esta obra consiste en el supremo arte con que se hermanan en ella la brillantez en las descripciones y el acierto en los comentarios irónicos; cuando el lector, seducido por la magia de un estilo impecable y fluido, va á remontarse á las cimas del interés novelesco, le sorprende la frase chispeante que surge de improviso en la narración, teniéndole así en un continuo equilibrio de amenidad é interés que le hace llegar al último capítulo insensiblemente y con la risa en los labios.

El ser históricos casi todos los personajes de la obra, como Augusto, Julia, Lucio César, Sempronio Graco el poeta Ovidio (cuya interesante figura cruza con singular relieve reconstructivo por varios pasajes de la obra), Verrio Flacco, etc., y el admirable trabajo creador de los que no lo son, da mayor atractivo á esta espléndida aparición de un nuevo autor que nos promete muy felices ratos de lectura.

La suegra de Tarquino

lleva, á modo de presentación del autor, un primoroso prólogo de Pérez Zúñiga y una portada caricaturesca de Marco, el gracioso dibujante. Forma un elegante volumen en 8.º, lujosamente impreso, que se vende á

===== 3,50 pesetas =====

en la

LIBRERÍA DE FRANCISCO BELTRÁN

===== Príncipe, 16, Madrid =====

y en todas las de España y del extranjero.